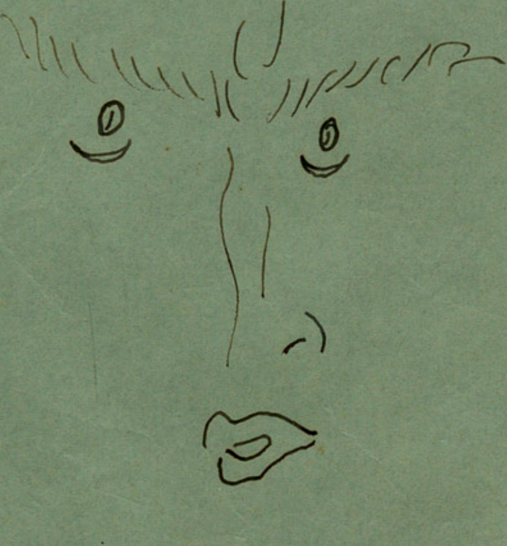
Cap-050 (1)

Luis Capdevila

Era un mozo muy raro

Comedia en tres actos



1952

CAP 050 (2)

Dramatis Personae

El autor.
Rafael, un negro muy raro.
Monsieur Bidou.
La esposa de monsieur Bidou.
Georgette, su hija.
Julian.
El Padre Tallandier.
El Padre Martin.
Juleau.
Antoine.
Jeannot.
Dédé.
El librero.
El capataz.
El cantinero.
Un obrero polaco
Un músico.
El ingeniero.
La criada.

En un pueblecito francés
1952

Casi prólogo

A telón corrido, aparece un criado y deja una silla en el centro del escenario, ante la concha del apuntador para que, así, el actor encargado de interpretar el Prólogo no se equivoque tan fácilmente. Cuando el criado, cumplida su misión, ha salido, entra el Prólogo, o sea el autor de esta farsa, —¿quién mejor que el autor para presentar sus fantoches al público?— que es, físicamente, un hombre bajito, rechoncho, con el pelo blanco y vientre insolente de burgués. (Dicho sea de refilón, el vientre es lo único que de burgués hay en él. Palabra de honor)

El autor viste un traje gris, de buen corte, y lleva en la mano el sombrero, también gris, y los guantes. Como en sus buenos tiempos de mozo y para darle más solemnidad al acto, el autor se ha calado el monóculo, irónico y agresivo.

El autor: Señoras y señores, buenas noches. Y muchas gracias por haber acudido a la cita: a la

cita que, con cada comedia, da el autor al público.

CAP 050 (4)

— Se sienta. Consulta su reloj.

sonríe

Las nueve y media. Han sido ustedes exactos, puntuales, cosa extraña en el público, que casi siempre tiene la grosera, la mala costumbre de llegar tarde al teatro.

— Pequeña, pequeñísima pausa.

Han venido ustedes, como de costumbre, con la sana y respetabilísima intención de digerir la cena viendo una comedia. O sea: viendo cómo ríen, cómo lloran y cómo viven en esta comedia la primera actriz y el primer actor. Pero no contaban ustedes conmigo, no contaban ustedes con el autor, cosa que me explico perfectamente porque hoy casi nadie cuenta con el autor: ni los comediantes. ¡Qué le vamos a hacer! Yo soy también, como el protagonista de la comedia, hombre un poco raro y se me ha antojado tomar parte en la representación, su la vida de mis hijos de papel que, muchas veces, en el mundo maravilloso del teatro, cobran una realidad mucho más real que la de los hijos de la carne. ¿Les parece imposible? ¿Les parece una broma, una broma del autor? ¡Tantos imposibles son posibles en esta perra vida! ¡Tantas cosas que parecen broma son de una seriedad que da miedo! Sí, sí; no les quepa duda: los entes de ficción, las criaturas imaginarias, los

hijos de papel son no siempre, pero sí muchas veces más reales que nosotros, los pobres mortales que pagamos cédula y alquiler del piso, vamos al café, leemos el periódico, pertenecemos a un partido político, engañamos o nos dejamos engañar y hacemos otras tonterías por el estilo. ¿Sin Hamlet, quién se acordaría de Shakespeare, cómico de la legua? ¿Quién, sin Don Quijote, conocería el nombre de Cervantes, desdichado alcabalero? ¿Y sin Goriot, quién se acordaría de un señor Balzac, cargado de deudas y corriendo los vientos por una aristócrata polaca que no supo amarle? Al fin y al cabo, la vida cotidiana es tan vulgar, tan pequeñita cosa que ustedes no la aceptarían en la ficción. Sin embargo, se indignan ustedes mucho, y con ustedes los críticos, cuando la ficción dramática no tiene visos de realidad. Gritan ustedes, despechados, estafados: "Esto — me refiero a la ficción dramática — es falso! ¡Esto es imposible!" Y es que en el teatro exigen ustedes la realidad, pero no la de cada día, la que viven ustedes. Y conste que al autor, inventor de realidades, le parece bien que así sea.

— Otra pequeña pausa, y una transición —

Al darles vida a mis personajes, al forzarles a vivir su drama, sentí envidia de su vida y de su drama. Y, por miedo a que me olvidasen y a que echasen por otro camino del que, con mi autoridad indiscutible, les había se-

¿ Son ustedes personas cultas y puede uno hablarles sin miedo de Shakespeare, de Balzac, de Cervantes, cosa que siempre resulta de gran lucimiento. Pues bien.

mulato. Decidí no abandonarles y unirme a ellos.

En la mayoría de las comedias lo acostumbrado, lo protocolario es que el autor aparezca, llamado por el público, al final del último acto. En esta de hoy el autor se presenta antes de empezar y sin que le llamen. Pero es que ésta no es como muchas otras comedias mías que les gustaron a ustedes y no me gustaron a mí. Esta de hoy es una historia y no una comedia, la transposición al teatro de un hecho real. Puede que a ustedes, por amarga y desgarrada, les haga maldita la gracia y salgan echando pestes. Pero no es mía la culpa, se lo aseguro a ustedes, de que el hombre sea a veces un bicho tan malo y despreciable como se muestra Isidro de mi comedia, digo: de mi historia. Las historias, esos cuentos sin hadas, esos cuentos sombríos y repugnantes para personas mayores, no suelen representarse en un teatro para que el público digiera bien la cena: suelen contarse en el colegio para llenar de sombras la vida luminosa del niño. Yo, que no sé contar, he preferido hacerla vivir para ustedes en las tablas del escenario. Creo que con ello saldrán ustedes ganando. Y saldrán ganando los actores, que así podrán demostrar una vez más su gran talento y convertir en criaturas de carne y hueso, encarnándolas, realizándolas, mis criaturas de papel. Algunas

de ellas, la mayoría, no son nada simpáticas, nada agradables. Algunas de ellas, la mayoría, son francamente odiosas, francamente repugnantes. Pero tampoco tengo yo la culpa de que así sea. ¡Andan por ahí, disfrazados de persona decente, y respetados y temidos de todo el mundo, cada granuja, cada canalla!

Como les decía, la de mis personajes es historia, muy triste y muy negra, y en ella alterna lo bufo con lo dramático, contraste muy de nuestro tiempo sin peplo ni coturno. Hoy, bien lo saben ustedes, bien lo viven ustedes, lo grotesco va del brazo con lo trágico. ¡Ah, pero no se asusten ustedes: la historia que les contarán y vivirán mis personajes es muy moral, altamente moral y, como en los viejos melodramas que hacían llorar a Margot, en ella triunfa el bueno y es castigado el malo: castigado con la bofetada de la risa, la mejor y más dura de las bofetadas. Con que ya lo saben ustedes: van a pasar un mal momento, un mal rato. Si quieren, están aún a tiempo de retirarse y pedir que en la taquilla les reembolsen el dinero.

—Una pequeña pausa.— ¿No? ¿Se quedan ustedes? ¿Prefieren quedarse? Pues voy a presentarles los personajes de la historia, mis hijos de papel que un día tuvieron cuerpo mortal.

Pero antes y para situar la acción, debo decirles a ustedes que mis personajes viven su drama en la dulce Francia de los Derechos del Hombre, de la Libertad, la Igualdad y la Fraternidad con mayúscula. Aunque, claro está, el drama podría estallar en otro lugar cualquiera pues en todas partes abunda el ejemplar de hombre malo y estúpido.

— Cesa la música. El autor grita, dirigiéndose a alguien en el interior del escenario:

Dígale a Rafael que venga.

— Comparece Rafael, que es un mozo de treinta y cuatro años, extremadamente simpático — se trata del mozo raro de la historia, del protagonista, y todos los protagonistas tienen que ser forzosamente simpáticos — de rostro noble, de mirada recta y leal. Es hombre enérgico y de rápidas decisiones, hombre de los que nunca se echan atrás. Viste con innata elegancia traje de señorito. Pero, afortunadamente, no es un señorito.

Rafael: Buenas noches, don

– La cortina, unos acordes de la Marsellesa –

Luis. ¿Qué me quería usted?

~~Rafael~~ El autor: Que me digas quién eres, cómo te llamas, qué es lo que has hecho.

Rafael, extrañado: Bien lo sabe usted, que es mi padre.

El autor: Tu padre, sí, y orgulloso me siento de ello.

Eres un mozo muy cabal, muy terne, muy honrado, y como tú, desgraciadamente, hay pocos.

Rafael: Cuando usted lo dice...

— sonriendo con suave ironía —

Aunque temo que, después de lo que voy a hacer, muchos no me tendrán por tan honrado y cabal como usted dice.

El autor: Los tontos, los sensatos, no. ¡Vas a hacer una hombrada, una hazaña de mucha y muy noble hombría. ¿Te vas a echar atrás, a arrepentirte antes de empezar?

Rafael: ¡no! ¡Eso, no! No soy de los que se arrepienten, bien lo sabe usted.

El autor: Sí, lo sé. Y sé también muchas otras cosas de ti.

— señalando al público —

Pero no las saben los señores.

Rafael: ¿Lo que les importa?

El autor: Nada. Pero la cuestión es pasar el rato. La cuestión es contarse.

Rafael: ¿Para qué?

El autor: Para conocerse. Para buscarse y encontrarse.

Rafael: Como usted quiera. Usted manda en mí.

El autor: En ti, no. Eres mi hijo predilecto, el creado con más cariño, mi otro yo, el que yo, de ser menos viejo y hallarme en tus circunstancias, hubiera querido ser. A los demás personajes de la comedia puedo mandarles. A ti, no.

Rafael: ¿Entonces, disculpa usted lo que voy a hacer?

El autor: No, hijo; no es que lo disculpe: es que lo apruebo.

Rafael: Gracias, padre. ¿No se enfada usted si le llamo padre?

El autor: Al contrario. No sabes lo contento que estoy cuando me salen hijos como tú.

Rafael: Pues allá va mi historia...

— Con una transición —

Aunque, ¿tengo yo verdaderamente historia?

El autor: No te entiendo

Rafael: Quiero decir si la historia es verdaderamente mía o si será cosa que usted, inventor de historias, me atribuye.

El autor: Fué cosa mía, pero al crearte dejó de serlo.

Rafael: ¿Entonces, está usted seguro de que exista, de que tengo una vida como los demás, como todo el mundo?

El autor: ¡No! ¡Como todo el mundo, no! Tienes la vida que te dí y que ya no me pertenece, que ya es tuya. No la eches a perder con la duda, ~~la duda es cosa~~ de cobardes.

Rafael: Y de sabios.

El autor: Tienes tu vida de hoy, más fuerte y brillante que la mía.

Rafael: Muy bien, muy bien, pero ¿y mañana?

El autor: El mañana no existe en el teatro.

Rafael, cariacontecido: Malo. Soy hombre sin ayer, pues mi ayer es usted, ¿y me quita el mañana?

El autor: En el teatro el mañana tuyo será siempre hoy.

Rafael: Entonces, ¿soy un hombre de teatro?

El autor: Como yo, como todo el mundo. Todos nos pasamos la vida representando una comedia, interpretando el personaje que creemos ser.

Rafael: Bueno, bueno. Siendo así, allá va mi historia. Rafael Camacho. Tengo treinta y cuatro años. He nacido en Madrid. De familia muy humilde, casi pobre. Aprendí un oficio: ebanista. Desde niño amé los libros: leer, leer afanosamente, apasionadamente. Puede que por eso me guste tanto el que me hayan convertido en héroe de ficción. Mis padres me regañaban con frecuencia; ellos tenían, como la mayoría de los padres, miedo a los libros. Siendo casi un chaval, unos militarotes de chistera y de cuartel desencadenaron la guerra. Yo no pertenecía a ninguna bandería política —¡la política, cosa sucia, para los políticos!— pero aquella agresión odiosa me encorajinó. Cogí un fusil y marché al frente. Cuando volví por primera vez con permiso, mis padres habían muerto despachurrados por los bombarderos. Luché en Guadalajara, en Teruel, en el Ebro famoso. Derrotado el ejército, vencida España, vine a Francia en busca de libertad. Aquí en Francia los gendarmes me metieron en un campo de concentra-

¿Me llamo... No; me llamo, no. Soy, que vale más que llamarse. Soy

mí y me robaron el reloj y la pluma estilográfica, cosa que, claro está, me extrañó mucho y no me gustó nada. Como si fuera poco, lo que aquí, no sé por qué, llaman ustedes personas decentes, me colgaron el sambenito de "rojo" sin comerlo ni beberlo, sin más ni más, por gusto de ponerles etiquetas a las gentes. Pero se apiadaron de mí y me enrolaron en una Compañía de Trabajadores dándome los reales [illegible]. Estalló la guerra —¡yo venía huyendo de ella!— y me llenó de pasmo ver cómo se hacía la guerra aquí en Francia. Cuando estábamos fortificando en el Norte los soldados huyeron, tal vez en un rapto de heroísmo que nosotros los "rojos" no podíamos comprender. Recogimos los fusiles que tan heroicamente habían tirado al huir y nos defendimos. Prisionero, me llevaron a Alemania, pero aquello no me gustaba y escapé. Me vine otra vez a Francia, que había capitulado. Gobernaban unos viejos muy patriotas pero, como soy un negro muy raro, tampoco aquello me gustó. Y me metí en el "maquis". ¡Con qué placer me dediqué a despanzurrar a los alemanes que me habían arrojado de España! Los aceptamos, ¡no faltaba más! liberamos a Francia. La liberación fué nuestra buena época. Nos llamaban ustedes en palmas,
1947
nos llenaban de mimos y carantoñas. Hoy aquello pasó —¡qué poca memoria tienen ustedes! y volvemos a ser los "rojos", los indeseables, el i-

CAP 050 (13)

todo, el aguafiestas. ¡Qué le vamos a hacer! Unos, hartos de aguantar cabronadas, se fueron a América. Yo, para estar más cerca de España, me vine a este pueblo de aguas tan buenas y gente tan mala.

—Volviéndose al autor—

¿Qué? ¿Cuento también lo otro?

El autor: No: lo otro lo vivirás, lo revivirás en la farsa.

Rafael: Pues, entonces, adiós, don Luis.

El autor: Adiós, Rafael.

—Sale Rafael. El autor da una ~~voz~~ voz:

¡A ver! Que se presente Sidon. ~~Monsieur~~

—Entra Monsieur Sidon. Pequeñito, seco, reseco como un sarmiento, da la impresión de que no hay en él el más leve calor humano. Pelo gris. Bigote recortado. Boca menuda y desdeñosa. Mirada insolente y dura, de amo. Desagradable y antipático hasta lo imposible, convencidísimo de que el dinero, su dinero, le da derecho a la grosería.

Monsieur Sidon, indignadísimo: ¿Se puede saber con qué derecho se permite usted llamarme, me obliga usted a presentarme aquí?

El autor: Con algún derecho será cuando acude ~~[illegible]~~ ~~que~~ usted a mi llamamiento.

CAP 050 (14)

Monsieur Sidore: Nadie tiene derecho a intervenir en mi vida.

El autor: Hasta ahora, desgraciadamente, no. Desde ahora, sí: yo.

Monsieur Sidore: Usted no sabe con quien habla.

El autor, sonriendo con despreciativa condescendencia: ¡Como no voy a saberlo!

Monsieur Sidore: Usted no sabe quien soy.

El autor: Lo sé mejor que usted.

~~Monsieur Sidore, cada vez más descompuesto, más furioso: Nadie tiene derecho a darme órdenes!~~

~~El autor: Yo, sí. Y a usted no le toca sino [illegible] que obedecer [illegible] mis órdenes!~~

Monsieur Sidore: ¡Soy el amo!

El autor: No.

Monsieur Sidore: ¿Como que no!

El autor: ~~[illegible]~~ Lo era. Ya no lo es. Hoy su amo soy yo.

Monsieur Sidore: Yo no tengo amo.

El autor, muy tranquilo: ~~Eso~~ fué antes, pero las cosas han cambiado. Desde hoy ~~su~~ lo repito que amo ~~[illegible]~~ soy yo y puedo hacer con usted, de usted, todo lo que se me antoje: todo menos un hombre bueno.

Monsieur Sidore: Me quejaré a los gendarmes, ~~a~~ la policía, al ministro. Soy poderoso, y me obedecerán.

El autor: ~~[illegible]~~ Inutil. ~~[illegible]~~ No me asustan los gendarmes, los policías ni los ministros. Puedo hacer también ~~con~~ ellos lo que quiera.

Monsieur Sidore: ~~[illegible]~~ Por lo visto, usted lo puede todo.

El autor: Todo.

Monsieur Sidore: ¿Pues quién es usted?

CAP 050 (15)

El autor: El autor, o sea: el amo único y verdadero (como Dios).

Monsieur Bidou: ¿El autor de los gendarmes, de los policías, de los ministros?

El autor: Y el suyo.

Monsieur Bidou: ¿El mío? Yo no tengo autor. Mi autor, el de mis actos, el de mi vida, soy yo.

El autor: Tiene usted razón que le sobra. Es usted el único entre mis criaturas imaginarias que tuvo usted una vida real y efectiva. ~~[illegible]~~ Vida torpe y vil, de ciénaga, de cloaca. Vida sin luz. Como hombre fué usted odioso, repugnante. ~~Como personaje lo será también.~~

~~Monsieur Bidou, extrañado: ¿Como personaje?~~

~~El autor: Sí, pues te arranqué a tu vida de hombre como se arranca un fruto podrido, le despojé de ella para convertirle en ente de ficción.~~

Monsieur Bidou: ¿Porque habla usted en pretérito de mi vida de hombre?

El autor: Porque como hombre acabó usted ya. Afortunadamente. Porque, al convertirle en ente de ficción, ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ al ponerle en la picota del teatro, he matado su vida de hombre. Al matar a Desdémona, el poeta mata también a Yago.

Monsieur Bidou: ¿Entonces, me cree usted (de veras) muerto?

El autor: ¡Y tan de veras! ~~[illegible]~~ ¿Es que hasta hoy había usted tolerado que alguien le hablase como le estoy hablando?

Monsieur Bidou, confuso, aturdido: No.

El autor: ¿Porqué no se marcha? ¿Porque no me deja plantado? Porque no puede.

Monsieur Bidou, lívido de espanto: No puedo.

El autor: ¿Lo está usted viendo? ¿Se convence usted, por fin, de que el más fuerte es siempre el autor?

Monsieur Ridou: ¡Qué tontería! ¿Es que se imagina haberme inventado? ¿Haberme creado?

El autor: No tengo tanta invención. Es imposible inventar un personaje tan malo como usted.

Monsieur Ridou, satisfecho: Algo es algo.

El autor: Lo que hice fué re-crearlo, crearle una vida en el papel.

Monsieur Ridou: Lo que yo decía: no pudo usted conmigo. Ha tenido que aceptarme tal como soy.

El autor: En efecto. Me dió usted poco trabajo. Pero, lo repito: quiéralo usted o no, soy su autor.

CAP 050 (16)

A pesar de todo su dinero y toda su maldad, su maldad casi patológica, no puede usted conmigo. El hombre Sidón, el de carne y hueso, se ha convertido, porque así lo quise yo, yo, téngalo entendido, en un hombre de papel.

— Monsieur Sidón le mira asombrado, desconcertado, turulato —

Pero consuélese usted: como hombre de papel seguirá siendo usted tan sonoro, tan asqueroso, tan cerdo como fué en su vida de hombre de carne y hueso.

Monsieur Sidón, con un suspiro: Menos mal.

— Con nuevas ínfulas —

Y sepa usted que mis impuestos me tienen sin cuidado. Pero los dirigí a mis subordinados.

El autor: Lo sé.

Monsieur Sidón: Ustedes los poetas son unos pobretones, unos locos que no aman al dinero. Y los que no aman el dinero me parecen gentes despreciables. No amar el dinero es un crimen.

— Preocupado, inquieto —

Lo que me encocora es pensar en lo que va usted a hacer de mí.

El autor: Acabo de decírselo: una alimaña despótica, cruel, y repulsiva y dañina, fué en vida, en su otra vida, la peligrosa: su vida de hombre, de amo, de verdugo que puede disponer a su antojo de los gendarmes, los policías y los ministros.

— Señalando al público —

Y ahora, preséntese usted a los señores.

Monsieur Sidón, asombrado: ¿A los que no me conocen?

¿Tanto, que no estoy nada satisfecho del personaje Aidon.

<u>Monsieur Aidon</u>: ¿Prefiere usted al hombre Aidon?

<u>El autor</u>: Sí: porque puede acabarse con él a tiros. Pero a los personajes de papel ya es más difícil matarlos. Usted en su nueva condición, en su condición de personaje, me ha resultado tan absoluta y totalmente malo que los críticos y el público, que felizmente para ellos no le conocieron a usted en hombre de carne y hueso dirán que el personaje es, como todos los de una sola cara, de melodrama. La humana criatura, la más torpe, la más perversa, tiene zonas de sombra y zonas de luz. En usted, Aidon, todo es sombra, todo es tiniebla. Es usted un ser, como hombre y como personaje, extraordinario por lo monstruoso. Carece usted de calor humano. Ha vivido usted siempre solo, solo a pesar de su mujer, de sus hijos, de sus criados, de sus obreros. Su soledad lo ha envenenado todo a su entorno. Su soledad da miedo. Es usted un monstruo, señor Aidon. Su maldad da miedo también. Ha querido usted ser el hombre que humilla al hombre, el que le escupe impunemente al otro, y en usted la condición humana se degrada y se hace repugnante. Sí: es usted un monstruo.

El autor: No: los señores no han sido obreros en el infierno de su mina. Los señores ignoran que existen en Francia tipos como usted. Y hay que sacarles de su ignorancia.

– En tono más conminatorio pero siempre irónico:

Vamos a ver qué tal se porta como personaje de papel. Vamos a ver si consigue hacerse tan odioso como en su vida de hombre que se pasaba la ley por la cruz de los calzones.

Monsieur Sidre, adoptando su continente más seco y antipático, su talante – su mal talante – de amo: Monsieur Léonce Sidre. Nacido en París. Sesenta y cinco años. Casado y padre de una hija. Yo quería un chico, un hombre fuerte y duro, digno de heredarme y continuar mi obra. Pero la tonta de mi mujer diome una hija. Soy Rico, riquísimo. Propietario de minas, de empresas eléctricas, de estaciones termales, de grandes industrias metalúrgicas, dueño y señor de toda una provincia de Francia. Nadie me ama, lo sé y no me importa. ¿Para qué quiero yo que me amen? Todo el mundo se inclina ante mí, todo el mundo me teme. Eso me basta. Hago y deshago a mi antojo en la banca y en la política. Soy poderoso y, como los antiguos señores feudales, amo absoluto de vidas y haciendas. Católico, como se debe en las personas decentes, y conservador. No he sentido piedad de nadie, no le tengo cariño a nadie. Sé que soy malo, pero no lo oculto y me siento orgulloso de mi maldad. La maldad es el lujo de los amos. Un amo bueno es una irrisión y una falta de lógica.

El Bueno, después me nació un chico. Pero me ha resultado un imbécil: no le gustan los negocios, no le gusta el poder. Por lo tanto, no cuenta.

El autor: Bueno, monsieur Sidou, ya basta.

Monsieur Sidou: No he terminado.

El autor: Sí, ha terminado porque yo se lo mando. No olvide usted que mando en usted.

Monsieur Sidou, con un último arranque de asco, mirándole con dureza: ~~[illegible]~~ ¡Cómo le odio a usted!

El autor: Me lo figuro. Usted, monsieur Sidou, ha venido a la cita para eso: para odiar.

Monsieur Sidou, amenazador: ¡Si le tuviera a usted en mi casa!

El autor: Lo pasaría muy mal, ya lo sé. Pero hoy le tengo a usted en la mía: el teatro, y ya no saldrá de ella. Váyase usted, monsieur Sidou. A pesar de su condición de personaje de papel su presencia me está resultando insoportable.

— Vase Monsieur Sidou refunfuñando —

¡Ah! ~~[illegible]~~ Y dígale a su esposa que deseo verla.

— Una pequeña pausa. Y aparece La esposa de Monsieur Sidou. Alta, desgarbada, con faz ~~[illegible]~~ de carnero ~~[illegible]~~, con gafas, tras cuyos cristales lucen unos ojillos de pescado en descomposición. Vestida sin ~~[illegible]~~ gusto y muy sencillamente. ~~[illegible]~~ Expresión estúpida y hermética. Lleva el brazo en cabestrillo.

Monsieur Sidou, con aviesa intención, con intención de criti-
carte: y usted, en sus comedias, para hacerles la pas-
cua a las personas decentes. Pero le advierto a
usted que las personas decentes se vengarán diciendo que su comedia es pirandeliana.

El autor: Pirandello no lo diría.

— sonriendo —

El tiro le salió por la culata, señor Sidou. Además no soy yo quien hace la comedia, es decir: quien le da vida. Son ustedes, mis personajes.

CAP 050 (19)

La acompaña un cura, más joven y ~~[illegible]~~ bajito que ella, de cara fría y acaballada. Al verle, El autor pregunta:

¿Qué quiere este cura?

La esposa de monsieur Sidou, con una voz tan desagradable como su rostro: Me acompaña siempre.

El autor, de mal talante: No necesito su compañía, su compañía de comparsa.

– al cura –

Lárguese usted.

El cura, y éndose, intranquilo: Sí, señor. Sí, señor.

– La esposa de monsieur Sidou suspira con aire de mártir –

El autor: ¿Qué le pasa a usted?

La esposa de monsieur Sidou: ¿Será correcto que me vean a solas con un hombre que no es mi marido?

El autor, sonriendo: No tema usted; no intentaré seducirla. Usted puede ir sola y sin peligro a todas partes. ¿Y ese cabestrillo?

La esposa de monsieur Sidou: Me rompí un brazo.

El autor: Es la expiación que empieza. El señor Sidou da la ~~[illegible]~~ mala suerte.

La esposa de monsieur Sidou: Hasta ahora, no. Al fin y al cabo, la rotura de un brazo no es ninguna tragedia. Ni nos va a costar dinero. Por tratarse de mí, de la señora de Sidou, el hombre más rico y poderoso de la región, el médico no me ~~[illegible]~~ cobra las visitas.

El autor: Porque es un político y un [illegible]. Debiera cobrárselas doble, triple.

La esposa de monsieur Sidou, escandalizada: ¡Jesús! ¡Jesús!

CAP 050 (20)

El autor: A los ricos como ustedes hay que explotarles, hay que hacerles pagar cara su riqueza.

La esposa de monsieur Bidou, cada vez más intranquila: Pero, Dios me valga, la riqueza no es un delito.

El autor: Las más de las veces y en gentes como ustedes, sí: un delito y una lacra inmunda.

La esposa de monsieur Bidou, mirándole al autor con mucho recelo: Usted debe ser un comunista peligroso, un revolucionario enemigo de Dios y de la propiedad, uno de esos desalmados que cuando llegó la [illegible] Liberación le sacaron dinero a mi marido.

El autor: ¿Dinero?

La esposa de monsieur Bidou: Mucho dinero, sí, señor. O lo daba o lo fusilaban.

El autor: Y prefirió darlo para recuperarse después. ¿Y a esos les llama usted revolucionarios? ¿A los que comerciaban con la justicia y la cobran en dinero contante y sonante? ¡Esos eran discípulos de su marido!

La esposa de monsieur Bidou: Mi marido es una persona decente.

El autor: Sí, señora: una persona decente que tendría que estar en presidio, con otras muchas personas decentes de su laya, y condenado a cadena perpetua.

La esposa del señor Bidou, horrorizada: ¡Jesús! ¡Jesús!

El autor: Vamos a ver: según usted, ¿en qué consiste la decencia?

La esposa del señor Bidou, con gran extrañeza: ¿Que en qué consiste? Pues en no decir palabrotas, no contraer deudas, creer en Él, amar a la familia, leer la buena prensa, ahorrar, en ahorrar mucho...

Ed Nuestra Santa Madre Iglesia

El autor: ¿Y en los que sufren, en los pobres? ¿Ha pensado usted alguna vez en amar a los pobres? Y según tengo entendido, Jesús los amaba.

La esposa de Sidou: Aquellos eran otros tiempos. Además, aquí no hay pobres. Las autoridades los han prohibido.

El autor, muy regocijado: ¡Hombre!

La esposa de Sidou: En un pueblo tan elegante como el nuestro y frecuentado en verano por gente tan distinguida, la presencia de los pobres constituiría un espectáculo deplorable.

El autor: Comprendo: no hay que olvidar el negocio. ¡El negocio ante todo!

La esposa de Sidou: Tenemos un hospital y en él algunos pobres. Pero en verano, para que no desentonen, los mandamos a la ciudad y convertimos el hospital en hotel.

El autor, fingiendo un gran pasmo: ¡Muy bonito! Son ustedes la flor y nata de las personas decentes.

La esposa de monsieur Sidou: Pero cuando la guerra de España, se nos llenó de rojos que venían heridos. ¡Qué bochornoso! ¡Horripilante!

El autor: Me lo explico. ¡Qué mal momento pasarían ustedes las personas decentes!

La esposa de monsieur Sidou: Muy malo. Malísimo. Afortunadamente, murieron casi todos. ¡Dios les haya perdonado!

El autor: Y dígame: ¿con qué medios de subsistencia cuenta el hospital?

La esposa de monsieur Sidou: Pues con las subvenciones del ayuntamiento y el Casino, los donativos de algunos veraneantes, los beneficios

¿ Tiene usted razón: eso es decencia y lo demás son cuentos. ¡Y el ahorro, ¡qué gran virtud francesa! ¡Qué amor se tienen ustedes a la calderilla! (Con una transición —

—

¶ No es muy decente, ¿sabe usted?, pero

CAP 050 (22)

Si mundo se convierte en hotel, y lo que damos nosotros.

El autor: ¿Ustedes los Sidou?

La esposa de monsieur Sidou: Sí, señor. El ser rico impone muchas cargas y obligaciones.

El autor: Me lo figuro.

La esposa de monsieur Sidou: No es mucho lo que damos, no vaya usted a creer.

El autor: También me lo figuro.

La esposa de monsieur Sidou: Dar mucho sería tirar el dinero. Y tirar el dinero es un pecado. Tenemos muchos gastos: los seguros sociales, el sindicato...

El autor: ¡El sindicato! ¡Qué calamidad! ¡Qué injusticia!

La esposa de monsieur Sidou: ¡Si pudiéramos prescindir de obreros sindicados! El sindicato nos explota, nos saca los cuartos inicuamente

El autor: ¡Ah!

La esposa de monsieur Sidou: Pero no vaya a creer usted que nuestros obreros lo pasan mal. Pueden trabajar los domingos, si quieren, o si prefieren holgar, pueden bajar al pueblo. Pero como el pueblo dista cinco kilómetros y hay que ir a pie porque el camino es muy malo, los más suelen quedarse. Y como se aburren, trabajan también los domingos.

El autor: ¿No tienen recreos en la mina?

La esposa de monsieur Sidou: ¿Recreos? No, señor. Pero tienen capilla.

El autor: ¿Y biblioteca?

La esposa de monsieur Sidou: ¿Biblioteca? ¿Para qué?

— Una pausa. El autor contempla irónicamente a la esposa de

CAP 050 (23)

monsieur Sidou —

El autor: ¿Se casó usted con monsieur Sidou y muy enamorada?

La esposa de monsieur Sidou: ¡Enamorada! Eso son noveleríasn. Las personas decentes no se enamoran.

El autor: ¿Ah, no?

La esposa de monsieur Sidou: Me casé con él porque era rico y también lo era yo.

El autor: Muy bien, muy bonito. Estoy contentísimo de usted.

La esposa de monsieur, temiendo que le tomen el pelo: ¿De mí? ¿Por qué?

El autor: Porque me ha salido como yo quería. ¡Qué magnífica pareja, usted y monsieur Sidou!

Me han salido tan bien, tan reales, que parecen inventados, creación de mi fantasía de autor.

La esposa de monsieur Sidou: A propósito de monsieur Sidou. ¿Qué ha hecho usted de él?

El autor: Lo que hice también con usted: un personaje de papel.

La esposa de monsieur Sidou: Digo que dónde está. ¿No lo habrá usted entregado a la chusma?

El autor, tristemente: Ya no queda chusma, señora. Sólo quedan gendarmes, policías y ministros: los que la chusma perdonó.

— Con una transición —

No le busque en su camerino, dando una última ojeada a su papel: se lo sabe de memoria. Lo encontrará usted por ahí, en el escenario, esperando a que empiece la repre-

CAP 050 (24)

sentación. Vaya usted, vaya usted a darle ánimos.

— Sale la esposa de monsieur Sidou.

¡Señorita Sidou!

— Entra Sergette Sidou. Es una muchacha ni alta ni baja, ni guapa ni fea. [illegible] Su característica es la sosería. Al entregarse sosamente, sólo por el despertar de su sexualidad, se ha salvado. (Todo lo que ella puede salvarse, que no es mucho) Al verla, El autor se levanta y la invita:

Siéntese usted, señorita.

Sergette, asombrada: ¿Me permite usted que me siente?

El autor: Se lo ruego.

Sergette: ¿Porque soy la hija de monsieur Sidou?

El autor: No: porque va usted a ser madre. Y las madres inspiran siempre respeto.

Sergette, sentándose con aire fatigado: Entonces, ¿porque le tuvo usted a mamá de pie?

El autor: Porque la señora Sidou no supo ser madre.

Sergette: ¡Qué miedo he pasado por ella! ¡Y qué miedo he pasado por papá!

El autor: ¿Pues?

Sergette: Temí que iba usted a reñir con ellos, a abofetearles.

El autor, riendo: ¡Oh, no, señorita! El autor no les pega nunca a sus personajes. Se encargan de ello los demás personajes... cuando aprenden a

CAP 050 (25)

imitar a los hombres.

Serpette: Y como usted es hombre y papá, el pobre, le es tan antipático a todo el mundo...

El autor: Se equivoca usted, señorita. Yo aquí, hoy, soy algo más que un hombre: soy un personaje, el autor que se ha convertido en personaje.

Serpette: ¿Y qué quiere usted de mí? ¿Regañarme, sermonearme, como hacen todos?

El autor: Quiero hablar con usted, ver en usted y cómo es usted para poder también convertirla en personaje.

Serpette: ¿Un personaje de su comedia, de la comedia que ha escrito usted con mi percance?

El autor: Sí, señorita.

Serpette: Pero si yo no tengo importancia, si hasta hace poco nadie me hacía caso.

El autor: Sin embargo, me he propuesto hacer de usted ~~[illegible]~~ un personaje de primer plano.

Serpette: Muy difícil me parece.

~~Serpette~~: Porque he vivido siempre al lado de un protagonista terrible y absorbente: papá, que nos tuvo siempre a todos en segundo término y a título ~~[illegible]~~ casi ~~[illegible]~~ de comparsas. O sin casi.

El autor: Su papá es el protagonista y en honor suyo ha sido escrita la comedia. Pero sin usted no habría comedia.

Serpette, con aire ~~[illegible]~~ tedioso y resignado: Bueno. Haré lo que usted quiera, lo que usted me mande. Estoy acostumbrada a obedecer.

El autor: Muchas gracias, ~~[illegible]~~, señorita.

— señalando al fondo de la sala —

El autr: ¿Pr qué?

CAP 050 (26)

¿ En verano habita usted con sus padres en aquel caserón tan feo, peraltado sobre el pueblo, como la caricatura de un castillo feudal?

Sergette, extrañada: ¿ Por qué le parece a usted feo?

El autor: Porque lo es. Es horroroso, cosa que me explico perfectamente: sus padres, señorita, no podrían, no sabrían vivir en una casa bella y agradable.

— La chica le mira con pasmo. —

¿ En su interior es también tan feo?

Sergette, confusa: Pues no sé. Es una casa fea que no parece la casa de uno, la casa en que se vive. Hasta hoy no lo había advertido. ¿ O es que usted, señor autor, me hace ver lo que no es?

El autor: Todo lo contrario. Le estoy abriendo a usted los ojos para que vea las cosas como son realmente.

Sergette: Entonces su oficio es descubrir la fealdad de las cosas.

El autor: O su escondida belleza.

Sergette: Tenemos otra casa en un pueblo vecino y ya me parece también fea como esta. En una y en otra hay capilla, salones demasiado grandes...

El autor: ¿ Dan fiestas en ellos?

Sergette, asombrada: ¿ Fiestas? ¡ Oh, no! Dar fiestas resultaría muy caro.

El autor: Comprendido. Prefieren ustedes ir a los dos Casinos.

Sergette: Pues, no, señor. Papá dice que frecuentar el Casino es propio de gentes frívolas y sin seso.

El autor: Puede que esté en lo cierto.

CAP 050 (27)

— Con una transición —

¿Cómo le llaman ustedes a su casa? ¿"Villa Midou"? ¿"Villa Sergette"?

Sergete, ~~[illegible]~~ asombrada de la ignorancia del autor: No es ~~[illegible]~~ casa sino castillo.

El autor: Debí figurármelo... Sí, claro: castillo, como en tiempos del feudalismo; como en la Edad Media.

— Nueva transición —

Tiene un hermoso parque.

Sergette: Sí, señor. Cultivamos en él hortalizas, que vendemos al verdulero, y criamos gallinas, conejos, cerdos, que vendemos también.

El autor, sonriendo: La verdad, no me imaginaba al señor feudal dedicándose a la cría de gallinas.

Sergette: ¿Se refiere usted a papá?

El autor: Pues claro.

Sergette: Es mamá la que cuida de ellas.

El autor: ¡Qué admirable familia!

Sergette: Se burla usted.

El autor, suavemente: Un poquitín.

Sergette: No siente por nosotros la menor simpatía. Papá, sobre todo, le es a usted profundamente antipático.

El autor: Su papá de usted, señorita, no puede inspirar simpatía a nadie. Pero no es un tipo vulgar. ¡Qué va a ser! A mí me interesa como me interesan todos los monstruos.

Sergette: ¡Qué horror!

El autor: ~~[illegible]~~ Siendo ricos como son ustedes, supongo que pasarán los inviernos en París.

—¡No vaya usted a creer: en casa trabajamos todos y papá da el ejemplo. A las siete de la mañana está de pie y a las ocho en el despacho.

El autor: Vida muy sana, vida de martel. ¿Y usted? ¿Trabaja también mucho?

Fergette: Ayudo en lo que puedo.

CAP 050 (28) 2º

Serpette: ¿En París? ¡Qué más quisiera yo! Mis padres los pasan en la otra casa, la del pueblo vecino, por estar más cerca de la mina. A mí me llevan a un colegio de la ciudad...

El autor: Su vida, señorita, debe ser muy tediosa.

Serpette: Mucho, sí, señor.

El autor: ¿Qué recreos, qué diversiones son las suyas?

Serpette: En verano, y sin que papá se entere, leer muchas novelas.

El autor: ¡Ah!

Serpette: Pero no vaya usted a creer: novelas "blancas", para señoritas.

El autor: Sí, claro...

Serpette: Y en invierno, comentar con mis amigas del colegio las lecturas del verano.

— Una pausa. El autor contempla entristecido a la muchacha.

El autor: Me da usted mucha pena, señorita. Me inspira usted mucha lástima. Es usted la única en su familia que me inspira lástima.

— Serpette le mira extrañada, sin comprender. El autor, razonando, añade:

Pero, en fin, puede que no esté todo perdido. Con la trastada que, sin saberlo, les ha jugado usted a sus padres, tan personas decentes, tan respetables...

Serpette, ruborizándose y con una mirada de susto al público: ¿Es que tendré que contarla?

El autor: No tema usted: la contarán los otros personajes... Puede usted retirarse, señorita.

– *Sergette Aidoux* saluda con una leve inclinación de cabeza, aprendida en el colegio.

El autor murmura con ira, con asco, con cierta:

¡Señorita! ¡Pobre y lamentable señorita!

– se sienta en la silla y, dirigiéndose al público, dice –

Estos son los protagonistas de la comedia, que fueron hombres un día y hoy han pasado a ser personajes. Quedan otros, pero son de los llamados secundarios, más o menos secundarios, y a los que el drama no afecta directamente. No quiero molestarlos llamándoles: estarán dando un último repaso al papel, a su vida de ficción...

– se levanta – un criado retira la silla – mira por entre las cortinas al interior del escenario, se vuelve cara al público.

Sí, por ahí andan... ¡Hacia aquí vienen otros...

– se arrima a la cortina. Por la izquierda llega *Rafael*, que, sonriendo, le hace un guiño cómplice al autor. Por la derecha, con aire cansino, fatigado, entran tres obreros franceses y uno español: *Dédé*, *Antoine*, *Jeannot*, *Julián*.

Antoine, *Jeannot*, *Dédé*: ¡Adiós, hombre!

Julián: Hola, Rafael.

Rafael: Hola, chicos. ¿De la mina?

~~Julián~~ Dédé: Pues claro.

Julián: Hacía ya un mes que no bajábamos. Y treinta días son mucha mina. Hemos querido ver gente que ríe y pasea, que va al baile y llena las terrazas de los cafés.

Antoine: La broma nos costará ochocientos francos: los que dejamos de ganar al no trabajar en domingo.

Rafael, riendo: Hay que santificar las fiestas, Antoine.

Antoine: Puede que sí, pero resulta caro santificarlas.

Julián: Soy yo el culpable, el que les ha arrastrado al camino de perdición: la pérdida de los ochocientos francos. No piensan más que en el dinero, ~~ya~~ y, por estrechez de alcances, en lo más despreciable del dinero: en la calderilla.

Jeannot: ¡Pues claro! Hay que pensar en el invierno, cuando está todo lleno de nieve y no se puede subir a la mina.

Dédé: Al fin y al cabo, gracias que monsieur Sidou nos dé trabajo. ~~Ya~~ La vida en la mina no es tan mala, como dicen por ahí.

Rafael: No sé. Nunca trabajé en ella. Pero las referencias no son muy ~~[illegible]~~ buenas.

Antoine, aburrido: ¡Lo que hemos bajado al pueblo para hablar de la mina! Vámonos al café.

Dédé: ¿A cuál?

Antoine: A cualquiera. Después iremos a los otros. ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ Hay que pasar la tarde. Hay que divertirse.

Rafael: ¿Y eso es ~~[illegible]~~ le parece divertido? ¿Pa-

CAP 050 (31)

sarse la tarde de café en café? ¡Pollinos! Sois unos infelices pollinos, unos pobres borricos de noria. Idos a caza de señoritas mamás que aquí abundan, y tumbadlas en los prados. Rompedle las narices al marica del notario. Encerradle al tocinero en la cámara frigorífica. Pegadle fuego al Casino y a la Gendarmería. ¡Eso es divertirse!

— Vase por la derecha —

Jeannot, pasmado, como sus compinches, mirándole alejarse: ¡Qué tío!

Julián: Un tío muy raro. El día menos pensado arma la gorda.

— Vanse por la izquierda —

El autor, al público: Ya lo han oído ustedes: un tío muy raro. Vamos a ver si es verdad.

— Sale por la derecha —

Fin del prólogo

XV

XVI Saber divertirse no es cosa fácil que se aprenda en la escuela. Ni en la mina. Para saber divertirse hay que ser alguien, tener personalidad, ~~de~~ ser singular y no plural, ~~[illegible]~~ reírse de la sensatez y estarles el respeto a los tontos con la más loca de las cabriolas.

—

VII

Antoine, que se ha quedado de una pieza: ¿No hablará en serio, verdad?

Julián: ¡Quién sabe!

CAP 050 (32)

Acto Primero

Cuadro I:

Un salón en casa de Monsieur Bidou. Lujo feo y desagradable. Muebles, los que quiera el director de escena: pero con la condición de que sean auténticamente feos. Al fondo, dos grandes ventanas que se abren al parque. A la izquierda, en último término, una puerta. A la derecha otra.

Son las dos de la tarde.

Juleau, — cuarenta y pico de años, fuerte, sanguíneo, expresión estúpida y bestial — está esperando al amo. Cohibido, no se atrevió a sentarse y, dándole vueltas en las manos torpes a la boina, contempla, boquiabierto, el lujo que le rodea.

Entra Monsieur Bidou.

Monsieur Bidou: ¿Qué ocurre? ¿No podía esperar usted a verme en el despacho? ¿Ignora que no me gusta recibir aquí en casa la visita de mis empleados?

Juleau, con temor y adulación de can: ¡La cosa es grave, patrón. Los obreros de la fábrica quieren sindicarse.

Monsieur Bidou: ¿Sindicarse? ¿Por qué? ¿Para qué?

Juleau: Puede que para pedir aumento de jornal. Se quejan del salario, dicen que es un salario de hambre.

♫ Ya sé, ya sé, pero me tomé la libertad de...

CAP 050 (33)

Monsieur Sidou: No ~~[illegible]~~ puedo ni quiero aumentarles. Que se vayan. ~~[illegible]~~

Suleau: Sí, señor: que se vayan.

Monsieur Sidou: No admito quejas de mis obreros. La queja del obrero oculta siempre un chantaje. ¿Usted también está descontento del sueldo que gana?

Suleau: No, señor, no: al contrario: estoy muy contento, contentísimo.

Monsieur Sidou: También yo lo estoy de usted. Trabaja de firme, como las bestias, y como a bestias hace trabajar a los demás.

Suleau: Me odian, no me pueden ver ni en pintura. Dicen que soy el ~~[illegible]~~ soplón, el perro del amo.

Monsieur Sidou: Mientras le odien estaré satisfecho de usted. El día que sientan por usted simpatía le despediré.

Suleau: No tema usted, patrón. Nunca ~~[illegible]~~ les inspiraré simpatía. Nunca se la he inspirado a nadie.

Monsieur Sidou: Tanto mejor. El salario que le doy a usted no es muy crecido, pero, en cambio, en la fábrica hace usted lo que no podía hacer en el cuartel: mandar, mangonear, incordiar a todo el mundo, ser temido.

Suleau: Estaba harto ya del cuartel.

Monsieur Sidou: Lo sé: se hartó usted cuando le entró miedo de que le mandaran a Indochina

— ante un gesto de protesta de Suleau —

No, si no me parece mal. Soy tan patriota como el

CAP 050 (34)

que más, pero lo soy a mi manera. Francia no puede dejarse arrebatar la Indochina y por lo tanto la guerra me parece bien; Las guerras fomentan el comercio, son fuente de riqueza. ~~Y~~ me parece bien que usted haya escurrido el bulto. Para defender los intereses franceses en Indochina nos basta con los extranjeros, con la chusma indeseable de los extranjeros. Las vidas francesas tienen más alto precio.

Sulean: Es lo que digo yo.

Monsieur Sidou: Usted no dice nada. Usted se calla. Y váyase a su trabajo

Sulean: Sí, señor, sí.

Monsieur Sidou: Y dígales a los obreros que si se sindican cierro la fábrica.

Sulean: Sí, señor, sí. Voy volando. Buenas tardes, patrón.

— Monsieur Sidou corresponde con un bufido. Sale el repugnante tipejo por la izquierda. Una pequeña pausa. En el umbral de la puerta de la derecha aparece la desgalichada figura de La esposa de monsieur Sidou

La esposa de monsieur Sidou: ¿Estás solo?

Monsieur Sidou: Así parece. Pero... ¿Es que te doy miedo?

La esposa de monsieur Sidou, entrando: Como a todo el mundo.

Monsieur Sidou: Me alegro. No me importa el afecto de las gentes. Prefiero su temor, su miedo. Lo único que me satisface es ser temido.

La esposa de monsieur Sidou: Sí, claro. Pero hay que tra-

pero sin discursos, sin ese potingue de la literatura. Aborrezco la literatura, que inventaron los pedantes.

CAP Q5D (35)

sus excepciones...

Monsieur Bidou, seco, tajante: Ni una.

La esposa de monsieur Bidou: Los amigos...

Monsieur Bidou: No los tengo. Ni los quiero. El

La esposa de monsieur Bidou: La familia...

Monsieur Bidou: No cuenta. Pero hay que aceptarla pues si uno sabe hacer buen uso de ella puede ser una fuerza.

La esposa de monsieur Bidou, casi desconsolada: No crees en nada.

Monsieur Bidou: Te equivocas: creo en el dinero, en el poder que da el dinero.

La esposa de monsieur: ¿Y en la religión?

Monsieur Bidou: Tampoco. Una religión que exalta al pobre y condena al rico no puede ser de mi gusto. La acepto porque da cédula de persona decente, porque los curas, con capacidad admirable, y dando pruebas de un admirable buen sentido, prefieren el rito al dogma y se han convertido en nuestros aliados. Y la acepto por odio a la canalla. El día que la canalla sea religiosa, nosotros los ricos nos dedicaremos a destruir los templos y a perseguir a los curas.

La esposa de monsieur Bidou: ¡Qué cosas dices! ¡Eso no pasará nunca!

Monsieur Bidou: Así lo espero.

La esposa de monsieur Bidou: ¡Dios nos proteja!

Monsieur Bidou: Sí: Dios nos proteja pero sin cobrarnos cara la protección.

— La esposa de monsieur Bidou suspira. Monsieur Bidou añade.

¿Qué pasa? ¿Qué significan esos suspiros? ¿L

J. Los hombres como yo pueden prescindir de los amigos. La amistad es una tontería, una mentira en la que sólo creen los necios.

La esposa de monsieur Sidou: ¡Como hablas! Afortunadamente, aquí, en la intimidad...

Monsieur Sidou: Yo no sé mentir. Los ricos podemos prescindir de la mentira. Los pobres tienen necesidad de ella. Con tus curas y obispos hablaría en igual forma. Y, excepto el padre Tallandier, que es un botarate, estoy seguro que nos pondríamos pronto de acuerdo.

CAP 050 (36)

que acaso serías más generosa que yo? ¿Es que les darías a los curas nuestra fortuna?

La esposa de monsieur Aidou, asustada: ¡Oh, no! ¡Eso, no!

Monsieur Aidou: ¿Lo estás viendo? Te gusta el dinero tanto como a mí. Lo que pasa es que, por hipocresía, no te atreves a confesarlo. Pero, en el fondo, somos tal para cual.

La esposa de monsieur Aidou: El Padre Tallandier nunca pide dinero.

Monsieur Aidou: Porque es un infeliz, un loco, un anarquista. Su vicario, el Padre Martin, es más listo, más avispado, sabe mejor lo que se trae entre manos y confía más en Roma que en tierra.

La esposa de monsieur Aidou: A mí el padre Tallandier me da miedo.

Monsieur Aidou: A mí me da asco. ¡Siempre con su amor a los pobres! ¡Los pobres! ¿No les damos trabajo? ¿Qué más desean?

La esposa de Aidou: No te quiere, no nos quiere.

Monsieur Aidou, con desprecio: ¡Bah!

La esposa de monsieur Aidou: Dice que nunca te vio sonreír.

Monsieur Aidou: Ni él ni nadie.

La esposa de monsieur Aidou: Es cierto.

Monsieur Aidou: ¿Por qué voy a sonreír, si soy el amo? La sonrisa es el arma de los débiles, de los imbéciles o de los cobardes.

—Su tono se hace más seco, más desagradable—

CAP 050 (37)

y basta de sermones. ¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

La esposa de monsieur Bidou: A saber si mañana debemos estar en la mina a la llegada del señor obispo.

Monsieur Bidou: Pues claro. Naturalmente, es perder el tiempo, sobre todo para mí. La mina sin producir, los obreros sin trabajar y cobrando su jornal. La visita de su Ilustrísima me va a resultar cara. ¿Qué le importa a su Ilustrísima que la mina dé o no dé rendimiento? ¿Qué le importa que yo sea cada vez más rico y los obreros cada vez más pobres? Nada, absolutamente. Pero les hablará, ya lo verás, de la misión civilizadora y benemérita del capital, de la sacrosanta nobleza del trabajo, de la felicidad eterna en un mundo mejor y otras zarandajas por el estilo.

La esposa de monsieur Bidou, escandalizada: ¡Hablas como un anarquista, como un réprobo!

Monsieur Bidou: Comedia. Comedia burda y torpe. Yo, por lo menos, soy sincero, no uso careta. Los otros, la mayoría, — digo los amos, ¿sabes? — me creen un monstruo. Ellos son tan malos como yo, pero lo disfrazan, lobos con piel de cordero, y mienten hipócritamente, miserablemente. Yo, no: yo, lobo con todos mis colmillos y mi fiereza.

La esposa de monsieur Bidou, tímidamente: ¿No será que sientes o que cultivas la vanidad de ser malo?

¿ ¡Sí, señor! ¿Y qué?

—

~~Y~~ Monsieur Bidon:

Y después, para colmo, el banquete.

La esposa de monsieur Bidon: ~~[illegible]~~

¿Se celebrará aquí en casa?

Monsieur Bidon: ¡Ni lo mentes!

La esposa de monsieur Bidon: Nos daría mucho prestigio y Dios Nuestro Señor estaría satisfecho de nosotros.

Monsieur Bidon: Pero me costaría un pico. No, no: se celebrará en el dancing del Casino y lo pagará el ayuntamiento socialista.

CAP 050 (38)

31

Monsieur Sidou: ¿Vanidad? Eso es cosa de mujeres.
A propósito: ¿y Georgette?

La esposa de monsieur Sidou: Con las gallinitas.

Monsieur Sidou, que, si pudiera, sonreiría: Me parece muy bien. En invierno, con las monjas. En verano con las gallinas. Será una mujer tonta, como deben ser las mujeres honradas. La tontería es un lujo que sólo pueden permitirse las hijas de los ricos.

Telón

CAP 050 (39)

Cuadro II:

Una plazoleta en la mina. La cantina. La iglesia. Los cables para el transporte del mineral.

Hay un arco de triunfo en el que se lee: "Los obreros y empleados de la mina saludan respetuosamente al señor obispo".

– Las diez de la mañana, de una mañana clara y radiante en lo alto del monte.

Grupos de obreros endomingados. Andar cansino, expresión tediosa.

Un obrero, leyendo el cartelón del arco: ¿Quién ha sido el hijo de perra que ha pintado ese rótulo!

Antoine: ¿Pues no lo estás viendo? "Los obreros". ¿O es que no sabes leer?

Un obrero: En Francia todo el mundo sabe leer, incluso los infelices como nosotros. Pero, ¿de qué nos sirve, vamos a ver?

Antoine: ¡Yo qué sé!

Un obrero, tipo que, por lo visto, tiene malas pulgas: ¡Los obreros! ¿Qué tenemos nosotros que ver con el obispo? El obispo, como el amo, es nuestro enemigo. ¡Que se vaya a la mierda el obispo!

Antoine, asustado: No seas zote. Te estás jugando el cocido. Y a un juego en el que llevamos siempre las de perder.

Un obrero: Me da lo mismo. ¡Estoy harto ya de tanto amo, de tanto obispo y tanta explotación!

Désiré, con tanto susto como Antoine: ¡Cállate la

CAP 050 (40)

boca, infeliz! Nos estás comprometiendo.

Jeannot: El compañero tiene razón, ~~esto es un infierno~~, pero hay que ser prudente, hay que saber callar. Puede oírte un chivato de los muchos que por aquí pululan y delatarte como comunista al patrón. ¡Con la tirria que les tiene a los comunistas!

Un obrero: Porque cuando la Liberación bien les dió dinero.

Jeannot: a regañadientes y para salvar la pelleja. Pero no temas: se va a cobrar con creces.

Un obrero: ¡Cerdo!

Dédé, atemorizado: ¡Pueden oírte!

Julián: ¡Qué pocas agallas tenéis los franceses!

Antoine: ¿Y tú?

Julián: Casi tan pocas como vosotros. Se me habrá contagiado, porque lo que es en España yo era otro hombre.

— señalando a Un obrero —

Este, en cambio, no es de los que se asustan.

Un obrero: Soy polaco.

Julián: Eso es otra cosa. Entonces, todo se explica.

Antoine, a Julián: ¿Es que nos crees unos gallinas?

Julián: No sé, pero me temo que sí. Mucho hablar de la toma de la Bastilla y los Derechos del Hombre; mucho blasonar de la libertad, la igualdad, y la fraternidad; mucha bandera y Marsellesa... y luego a aguantar palos y vejámenes.

Un obrero: Aquí en la mina la mayoría somos extranjeros: italianos, polacos, españoles. En los puertos ocurre lo mismo. A los franceses no les gusta trabajar. Cuando les ponen ante una fae-

na un poco dura dicen: "P'al pato".

Antoine: ¡Silencio! ¡Madame Sidou!

Un obrero: La mula de madame Sidou. Una mula con alma de urraca.

— Pasan, altivas, sin saludar a nadie, La esposa de monsieur Sidou, Georgette y dos o tres niñas. Los obreros las miran pasar silenciosamente.

Julián: Esa no le hará cornudo al cerdo del patrón.

Antoine: ¿Por qué lo dices?

Julián: Por su fealdad. Y porque los cerdos no suelen llevar cuernos.

Un obrero: En Francia, sí.

— Llegan El capataz y El cantinero. Los obreros, cada vez más numerosos, siguen paseando, reuniéndose en grupos —

El capataz, ~~[illegible]~~ a Antoine: ¿Todos listos?

Antoine: Creo que sí.

El capataz: ¿Han pasado todos por la barbería? ¿Se han lavado? ¿Se han puesto su traje de cuando repican gordo?

Antoine: Así parece.

El capataz: ~~Hay que dejar~~ El señor obispo debe llevarse (de la mina) una buena impresión ~~[illegible]~~

Un obrero ~~Julián~~, con desdeñosa chunga: A ver si se figura usted que el obispo nos va a tomar por capitalistas

CAP 050 (42)

~~[illegible]~~ de las américas,

~~Dédé:~~ Julián: Le diremos, si usted quiere, que este año, en vez de ir a Cannes, hemos preferido veranear aquí.

El capataz: Su Ilustrísima debe salir de aquí convencido de que la mina es un paraíso.

Julián: Si se convence será porque el pobre está lelo.

El capataz, amoscado: ¡Oye, tú! Con la religión pocas bromas o se lo digo al amo.

Julián: ¿También chivato? ¡Eres un canallete de perfecciones!

El cantinero, ¡Hoy no podéis quejaros. Hoy debéis reconciliaros con las sotanas: gracias a ellas habrá menú extra. ¡Vais a comer mejor que en el Ritz!

Dédé: Lo que quiere decir que hoy robarás más que de costumbre. Tienes la uña larga, galán. Le estás haciendo la competencia al patrón. Con la cantina te vas a hacer de oro.

El cantinero, riendo estúpidamente: No me enfado, ¿sabes? No me sacarás de mis casillas, te lo advierto. ¡Yo no tengo dignidad!

Un obrero: Me lo figuro. Tampoco la tiene tu hija, que, casada y con el marido en las guerrillas de España, se acuesta con el primero que llega.

El cantinero, sin enfadarse: ¿Y qué le voy a hacer si a la pobre Carlota el cuerpo le pide juerga?

Julián: Procura que Jaime no regrese, porque si regresa y se encuentra con que su mujer te ha dado

El capataz: Siempre refunfuñando, hallándole peros a todo. Se ve a la legua que sois extranjeros.

Un obrero: ¿Porque no le decimos ~~...~~ a todo amen, como vosotros los franceses?

El capataz: Nosotros somos más razonables, más disciplinados.

Un obrero: Más borregos.

Julian: Déjale. No vale la pena.

El capataz: Tienes razon, no vale la pena.

– a Un obrero –

Pero ándate con tiento y aprende a tener queda la lengua. aqui ~~...~~ los redentores suelen pasarlo mal. ¿Comprendido?

– Con una transición –

II conciliador: ¡Vamos, vamos! ¡Haya paz!

~~III~~ Con mi no hacen mella los insultos.

otros dos crios la va a moler a palos.

El cantinero, riendo: ¡Que estrafalarios sois los españoles! ¡Pero si pegársela al marido no tiene importancia! Poner el grito en el cielo porque la mujer os pone cuernos sería una cosa ridícula.

Julian: En España es una cosa deshonrosa.

El cantinero: ¡Que tonterías!

Julian: Os parece una tontería porque no tenéis vergüenza. Para los hombres muy hombres, no es una tontería. ¡Qué va a ser!

Jeannot, aterrorizado: ¡El patron!

— Llegan Monsieur Aidon, el ingeniero y dos o tres señores. Chaqué. Sombrero de copa. Los obreros saludan servilmente. — Monsieur Aidon, claro está, no corresponde al saludo — y se retiran al fondo.

Monsieur Aidon, al ingeniero: Supongo que todo saldrá como es debido.

El ingeniero: Todo saldrá como es debido, no tema usted.

Monsieur Aidon: ¡Temer! No sé lo que es eso. Los hombres como yo no le temen a nada ni a nadie.

El ingeniero: Ya me lo figuro.

Monsieur Aidon: Temen los que no tienen aptitudes para el mando. Pero yo sé mandar. Los otros tienen la obligación de saber obedecer. Quiero que todo cuanto yo mande se ejecute pronto y bien.

Uno de los carcamales de Mauricio Sidón, con calor entusiasmo: ¡así se habla!

Otro: ¡Espejo de caballeros cristianos y patronos franceses!

Otro: Los hombres como Sidón son los puntales de nuestra querida Nación.

El ingeniero: Seres muy lógicos en todos los amos.

Monsieur Aidou: Sí, señor. Pero no todos los amos saben hacerse obedecer.

Se acerca un músico — viejo, vestido humildemente, con visibles muestras de que no se hace maldita la gracia hablar con el amo.

Un músico, a Monsieur Aidou, tímidamente: Ustedes disculpen...

Monsieur Aidou, áspero y desabrido: ¿Qué pasa?

Un músico, que no las tiene todas consigo: No, como pasar no pasa nada... Soy el director de la banda y quisiera saber qué es lo que tocamos cuando llegue su Ilustrísima.

Monsieur Aidou: ¡Yo qué sé! Lo que usted quiera.

Un músico: ¿La Marsellesa?

Uno de los carcamales: ¡Qué horror!

Monsieur Aidou, al músico: Sí, señor: la Marsellesa.

Un músico, retirándose: Muy bien. Muchas gracias.

Monsieur Aidou, al carcamal: La Marsellesa es el himno nacional, no tenemos otro, y ya no es el himno asqueroso de los descamisados de 1793: es el himno de los buenos burgueses de 1952, fieles a la Iglesia, al Ejército y al Dinero. Además, lo de hoy es una ceremonia patriótica y no religiosa. Bien está, pues la Marsellesa.

Uno de los carcamales: Cuando usted lo dice... Comprendo que lleva usted razón... ¡pero el pasado de la Marsellesa es tan poco respetable!

II

Uno de los carcamales que acompañan a Monsieur Sidou: ¡La sabiduría habla por su boca!

Otro carcamal: ¡Si supiéramos imitarle! Desgraciadamente, los capitalistas franceses somos los más sentimentales del mundo.

Otro: Cuando muera, habrá que canonizarlo. San Terencio Sidou, ~~protector de los~~ patrón de los amores.

Monsieur Sidou, de mal talante: ~~Cuando yo muera~~ [no me gusta la adulación] No me gusta hablar de la muerte, que es el silencio, el reposo eterno, el "se acabó el mandar". Para el que obedece, la muerte no es nunca tan espantosa como lo es para el que manda.

CAP 050 (45)

Monsieur Sidou, con inmenso desprecio: El pasado no cuenta. ¿O se figura que nuestro himno nacional sigue siendo lo que antaño: un himno a la libertad? ¡Tonterías!

— La esquila de la capilla comienza a repicar alegremente. Cohetes. Disparos de escopetería. En el atrio de la capilla aparecen La esposa de monsieur Sidou, su hija Georgette y las señoras invitadas a la fiesta. Monsieur Sidou le grita al capataz:

¡Capataz!

El capataz, acudiendo presuroso: Aquí me tiene usted, patrón.

Monsieur Sidou: Mándeme mañana tres o cuatro obreros electricistas. Hay que hacer una instalación en casa, y no quiero llamar al electricista del pueblo, que es extranjero.

El capataz: Muy bien, sí, señor. A las ocho de la mañana estarán en su casa.

— se retira —

Monsieur Sidou, al ingeniero y a los carcamales. Señores: vamos a cumplir con nuestro deber.

— Se reúnen, ante la puerta de la capilla, con las señoras. La plazoleta se ha llenado de obreros, actores asmáticos de una Marsellesa lamentable. Llega Su Ilustrísima repartiendo bendiciones.

Telón

CAP 050 (46)

Cuadro III: En casa de Monsieur Sidou. Del cuadro anterior a este ha transcurrido un día.

Son las doce ~~[illegible]~~ de la mañana. Aparece Julián, que viste mono de trabajo, gritando:

Julián: ¡Eh, preciosa! ¡Clotilde!

— Entra una criada. Una criada digna de los Sidou: fea, antipática.

La criada: Sepa usted que no me llamo Clotilde.

Julián: ~~[illegible]~~ ¡Vale! No tiene importancia. Tampoco es usted una beldad y, sin embargo, la he llamado Preciosa.

La criada: Me tiene sin cuidado.

Julián: ¡Toma! Y a mí.

La criada: ¿Se puede saber ~~[illegible]~~ por qué daba usted esas voces?

Julián: Se puede saber, exijo. ¿Oyó usted dar las doce?

La criada: Pues claro. No soy sorda.

Julián: Al dar las doce ~~[illegible]~~ cesa el trabajo en la mina y nos vamos a comer. ¿Dónde se come aquí?

La criada: No supondrá usted que en la mesa de los señores.

Julián: No supongo nada ni me interesa comer con los señores. ~~[illegible]~~. Lo que me interesa es comer para ~~[illegible]~~ que me pase el susto.

La criada, extrañada: ¿El susto? ¿Qué susto?

Julián: El de haberla visto a usted.

La criada, saliendo por la derecha: ¡Grosero!

CAP 050 (47)

– El mozo se ríe y se dedica a contemplar el salón. Una pausa.

Julián, con envidia: ¡Qué bien viven los amos! ¡Con cuanto lujo, con cuantas comodidades!

– Vuelve a entrar La criada

Julián: ¡Qué prisa te has dado, encanto!

La criada: Comerán en la cocina.

Julián: ¡Qué andando! Abre la marcha, espantajo.

La criada: A mí no me ponga usted motes.

– Salen por la derecha la criada y los tres obreros.

Una pausa larga, una de esas pausas que el autor lamenta pero no puede prescindir de ella – agotan la paciencia del público. En la habitación de al lado – que se supone ser el comedor – ruido de vajilla al poner la mesa. A poco unas voces airadas de Monsieur Sidon.

– Entra nuevamente La criada que, con aire agriado, mira por todas partes y, antes de desaparecer, – por la puerta de la derecha – dice:

La criada: Pues aquí no está.

– Nuevas voces de Monsieur Sidon y entran, siempre por la derecha, La esposa de monsieur Sidon, tan agriada como la

(Entran por la izquierda Jeannot y Antoine, también, como Julián, con "monos".)

49

Antoine: ~~[illegible]~~ Su lujo, sus comodidades, ~~[illegible]~~ su dinero, en fin, lo que les hace temibles y poderosos.

Julián: Pero ~~su~~ dinero lo ganamos nosotros.

Jeannot ~~Dédé~~: Alguien tenía que ~~[illegible]~~ ganarlo. Alégrate de que seamos nosotros.

Julián: ¿Por qué me he de alegrar?

Jeannot ~~Dédé~~: Porque gracias a él, al amo, vivimos.

Julián: Los obreros somos una fuerza.

Jeannot ~~Dédé~~, escéptico: Sin el amo, que la encauza y se aprovecha de ella, una fuerza inútil.

Antoine: ~~[illegible]~~ Sindicados o no, los obreros somos una calamidad.

CAP 050 (48)

sirvienta, y Georgette.

La esposa de monsieur Sidon, buscando algo y revolviéndolo todo: No, no: no está.

Georgette: Pues, claro, mamá. ¿Cómo va a estar aquí, en el salón?

— Las dos mujeres — afanosamente, la madre; con desgana la hija — siguen buscando. En la boca del escenario, lateral izquierda, aparece El autor que, dirigiéndose al público, dice:

El autor: Perdonen ustedes, una vez más, mi irrupción en la comedia. Se hacía precisa, necesaria, mi intervención. Nos hallamos nada menos que en lo que podríamos llamar, imitando a los viejos autores del Ochocientos, tan fieles a las viejas normas, el nudo de la comedia, cuando de la comedia nace el drama. El suceso más liviano, más baladí puede desencadenar la hecatombe. Lo que ocurre hoy en casa de monsieur Sidon no tendría la menor importancia en casa de un hombre cualquiera, de un hombre normal. Pero monsieur Sidon no es un hombre normal, no pertenece a nuestro mundo. Monsieur Sidon, ya lo verán ustedes, es un monstruo, pertenece al mundo patológico de los monstruos. Lo que está sucediendo en este preciso instante en casa de monsieur Sidon, es tan absurdo, tan inverosímil, tan abracadabrante, y, sin embargo, tan real,

desgraciadamente tan real, que no podía sonreír en su mundo de ustedes, pobres o ricos. ¿Saben ustedes lo que están buscando la esposa y la hija de monsieur Sidou? Voy a decírselo a ustedes y, es más que seguro, no van a creerme. Pero es una broma: el autor, que vive de la mentira, es el hombre que, necesariamente por su condición de autor, no puede mentir. La esposa y la hija de monsieur Sidou están buscando...

— Madre e hija se vuelven y advierten la presencia de El autor. La madre le mira con disgusto. La hija, con miedo.

La esposa de monsieur Sidou: ¿Otra vez aquí?

El autor, sonriendo: Ya lo ve usted.

La esposa de monsieur Sidou: ¿Ignora usted que ésta es mi casa?

El autor: Es su casa, en efecto, pero se la he construido yo: una casa de papel para unos personajes de papel. Y estoy en ella, no lo olvide usted, porque el autor, como Dios, está en todas partes.

La esposa de monsieur Sidou: ¿Qué busca usted aquí?

El autor: Yo, nada. Las que buscan son ustedes. Pero es inútil: no encontrarán lo que buscan.

La esposa de monsieur Sidou: Pues si no es para ayudarnos, ¿a qué ha venido usted?

El autor: El autor, señora, no ayuda nunca a sus personajes. Al contrario: son sus personajes los que le ayudan a él. Y no me hable usted en tono al-

C. La realidad de monsieur Sidon es para nosotros, personas sensatas, de buen sentido, interligable, y, debilitándola, sacándola de quicio, monsieur Sidon la ha convertido en la más insensata y de las insensateces: la insensatez en estado puro.

F. Van a figurarse que se trata de una broma

tomero, se lo ruego. No olvide usted que desde hoy tiene usted dos amos: su marido y yo.

La voz de monsieur Bidou: ¿Pero qué es lo que estáis haciendo?

El autor, a la esposa de monsieur Bidou: Su otro amo ~~se impacientaba~~ Había venido, simplemente, a decir a los señores

—señalando al público—

lo que ustedes no se atreven a decirse a sí mismas: la tontería de su marido.

—ante una sonrisa burlona de

La esposa de monsieur Bidou:

No, no se ría usted: su marido es tonto, tonto como todos los hombres de una pieza, los que tienen una sola vida, solo rostro, que convirtiera en máscara ~~sin pensar~~, sin saber que la máscara acaba con el rostro. ¿Lo que se figuraría que un hombre de veras, y de veras viviente se comportaría como lo hace su marido? ¡Tan absurdamente!

—Desaparece el autor no por la puerta —puerta de papel para los personajes de papel— sino por detrás del marco que es la boca del escenario.

Georgette, llena de pasmo, de un pasmo en el que ya logró penetrar la carcoma de la duda: ¿Tú crees que papá es tonto?

La esposa de monsieur, impermeable, como todos los imbéciles, a la duda: ¿Tonto!, ¡Qué va a ser tonto! Listo

6 que no es, claro está, una tontería de lujo, igual a la de todo el mundo. ~~[illegible]~~ Se trata de una tontería modelo, ~~para hombres, [illegible]~~ hecha a medida, para hombres ricos. A la tontería se llega por muchos caminos: la vanidad, el afán de poder, el ~~[illegible]~~ querer distinguirse de los demás. La de la tontería es enfermedad muy peligrosa.

CAP 050 (51)

y de los más listos. Lo que pasa es que el autor siente por él poca simpatía.

— Entra Monsieur Sidou.

Monsieur Sidou: ¿Qué?

La esposa de monsieur Sidou: Nada. No parece.

Monsieur Sidou: Pues esto no puede quedar así.

Sergette, tímidamente: Pero, papá, ¡por una manzana!

Monsieur Sidou: No es por una manzana, por la manzana que había apartado para mí. Es por el hecho, por la falta de respeto y de temor que el hecho revela. Quiero que todo el mundo me respete y me tema. El día que dejen de respetarme y temerme seré un hombre, un pobre hombre, como los demás.

Sergette: El que la ha comido ignoraba que la reservabas para ti.

Monsieur Sidou: No me importa. En casa, en la mina, en el pueblo todo me pertenece y nadie puede apoderarse de lo que me pertenece.

— De pronto —

¿Habrá sido el jardinero?

La esposa de monsieur Sidou: No ha entrado en el comedor.

Monsieur Sidou: Entonces son las criadas.

La esposa de monsieur Sidou: No creo.

Monsieur Sidou: ¿Por qué?

La esposa de monsieur Sidou: Porque, como es costumbre en todas las criadas, pueden comer lo que

CAP 050 (52)

se les antoje en la cocina.

Monsieur Sidou: Desgraciadamente.

— Con impotente ira.

¡A los ricos todo el mundo nos roba!

Sergette: Pues claro, papá. No van a robar a los pobres, que nada poseen.

— Monsieur Sidou, el tonto que hay en Monsieur Sidou, contempla con asombro a su hija. Después, venciendo su tontería, o creyendo vencerla, reacciona con seca violencia.

Monsieur Sidou: Tú, a callar.

Sergette: Bueno.

Monsieur Sidou, de pronto: Los obreros. Ha sido uno de los obreros.

La esposa de monsieur Sidou: Puede que sí. Son gente sin ley ni temor de Dios.

Monsieur Sidou: Que vengan inmediatamente.

Sergette: ¿No sería mejor dejarlo para después de comer?

— La esposa de monsieur Sidou lanza a Sergette una mirada de ~~[illegible]~~ amistoso reproche. Monsieur Sidou exige:

Monsieur Sidou: No, no: ahora mismo, al instante.

La esposa de monsieur Sidou: Están en la cocina, comiendo. Voy a decirles que les llamas.

— Sale, seguida de Sergette. Una pausa larga. Monsieur Sidou, que sabe dominar sus nervios —¿es que los tiene?— aguarda apoyado en la mesa. Entran Julien, Antoine y

CAP 050 (53)

Jeannot. Los dos franceses están cohibidos de tal forma que no se atreven ni a saludar y le miran al amo con recelo, con inquietud, con miedo.

Julián: Buenos días.

Monsieur Aidou no responde y les mira a los tres infelices. Jeannot y Antoine están cada vez más azorados. En Julián se advierte tan sólo una gran extrañeza. Bruscamente, y en tono seco, como siempre, Monsieur Aidou rompe a hablar.

Monsieur Aidou: Esta mañana, en el comedor, encima del trinchero, había una manzana. La había apartado para mí, la quería para mí. La manzana ha desaparecido. Alguien debió cogerla y comérsela. Las criadas no la han sido. Mi mujer y mi hija tampoco.

— Los obreros se miran entre sí y le miran al amo. Jeannot y Antoine con temor; Julián con asombro —

El culpable, por lo tanto, es uno de ustedes.

Jeannot: ¡Oh, no, señor Aidou! ¡Se equivoca usted!

Antoine: Nunca nos atreveríamos a hacer tal cosa, puede usted creernos.

Monsieur Aidou, a Julián: Entonces ha sido usted. Su condición de extranjero le hace sospechoso.

Julián: ¿Yo? ¿A mí qué me cuenta usted?

Él con insolente recelo, cosa que no es de extrañar ya que en el tiparrajo todo, incluso la mirada, es insolencia.

Monsieur Sidon: El amo no se equivoca nunca.

CAP 050 (54)

Monsieur Aidou: Les advierto que no estoy dispuesto a que me tomen el pelo. Ni quiero ni puedo tolerar semejante desfachatez.

Julian: Pero, al fin y al cabo, señor Aidou, la cosa no tiene en sí tanta importancia.

Monsieur Aidou: Usted se calla.

Antoine: Pues yo no he sido, patrón. De veras.

~~[illegible]~~ Jeannot: Ni yo. Le doy a usted mi palabra de honor.

Monsieur Aidou: Yo no creo en la palabra de honor de mis asalariados. Esta tarde pásense ustedes por el despacho y se les pagará. Quedan despedidos.

Antoine y Jeannot, suplicantes, llenos de angustia: ¡Por Dios, señor Aidou! ¡Le juramos a usted...!

Julian: ¡Pero, señor Aidou!

Monsieur Aidou: Ni una palabra más. Despedidos. A la calle.

— Los obreros, sin rechistar, acongojados, salen por la izquierda. Una pausa brevísima —

¡Canallas! ¡anarquistas!

— Vuelve a entrar Julian —

¿Qué quiere usted?

Julian: Decirle a usted que el culpable soy yo. Y que no quiero que paguen los platos rotos mis compañeros, esos dos infelices.

Monsieur Aidou, con seca ironía: Es usted, por lo visto, hombre de nobles sentimientos. ¡Claro! Un español, un hidalgo. Pero a mí no me interesan sus ~~[illegible]~~ nobles sentimientos. Ni los de nadie. A mí

no va a entretenerme usted.

Julián: No lo pretendo.

Monsieur: Jeannot y Antoine seguirán en la mina. Usted, no. Usted queda despedido. ¡No intente buscar trabajo en la región, ninguna clase de trabajo, ¿comprende usted? porque no lo encontrará.

— Una pausa breve. Julián domina con un enorme esfuerzo los deseos de abofetearle al amo.

Julián: Es usted un canalla, el más grande de los canallas. O quien sabe si un perturbado. ¡¡Por una manzana!

Monsieur Aidou: Salga usted. ¡Largo!

— Julián le mira con asco, con pasmo. Después, sale.

La voz de la esposa de monsieur Aidou:

¿Pero no vienes a comer?

Monsieur Aidou: Al instante.

— Y mientras, cumplido su deber — su triste deber de amo — se dirige al comedor.

cae

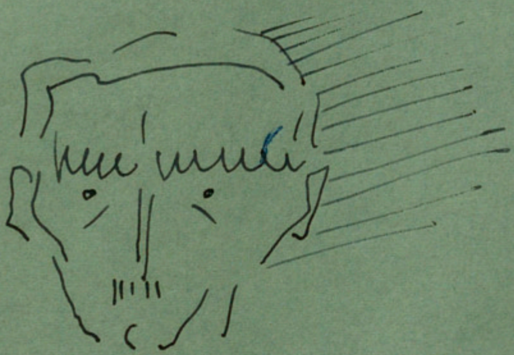
el

Telón.

CAP 050 (56)

32

Atto secondo



C S

CAP 050 (57)

Cuadro primero

(del Casino

Un paseo en el parque. Domingo. Va mediada la tarde. (Del cuadro anterior a éste han transcurrido tres días.) Los ~~[illegible]~~ indígenas y los veraneantes pasean plácidamente bajo la fronda de los tilos, huyendo del calor. Pasan Dédé, Antoine y Jeannot.

Dédé: ¡De manera que se puso furioso por lo de la manzana!

Antoine: ¡Y tan furioso! No gritaba, no; pero daba miedo, ¡saber!

Dédé: ¡Vaya tío! De buena habéis escapado.

Jeannot: Y que lo digas. Yo no vuelvo a poner los pies en su casa así ~~me~~ arpen.

Dédé: No tiene una bofetada y, sin embargo, es hombre de muchos bemoles.

Antoine: Les puede a los más fuertes.

~~[illegible]~~ **Jeannot:** El más fuerte es siempre él: porque es el amo. ~~Ser amo da mucha fuerza~~.

Dédé: ~~[illegible]~~ El que de veras se ha portado como un hombre es Julian.

Antoine: Sin él estaríamos en la calle. ~~[illegible]~~

Jeannot: Y aquí en el pueblo, donde todo pertenece a monsieur Aibou, el que sale despedido de la mina lo pasa muy mal.

Dédé: Le estaréis agradecidos a Julian.

Jeannot: ¡Toma! Pues claro.

Dédé: ~~[illegible]~~ Se seréis vosotros los culpables seguramente no hubierais (hecho) lo que él: confesar lealmente, dar la cara.

Para ser amo se necesitan muchas pelotas.

Teste: O muchos borregos.

CAP 050 (58)

Antoine: Pues, verás... Puede que no. ~~Pero~~ no olvides es que ~~xxxxxxx~~ tenemos familia...

Dédé: Es de suponer que también él la tiene.

Antoine: Pero es extranjero y puede largarse adonde quiera. Mientras que nosotros si nos sacan del pueblo...

Dédé: Tienes razón.

— Con una transición —

¿Le habéis visto?

Pannot: ¿A Julián? ¿Después de lo ocurrido? No queremos comprometernos; monsieur Sidoine podría enterarse y ~~xxx~~... No, no: es mejor no verle a Julián.

Antoine: ¿Qué? ¿Nos metemos en un café?

Dédé: ¿En cuál?

Antoine: En el que queráis.

— Pasan. Llega El autor. Se sienta en un banco. Lee en un libro que lleva en la mano. Fuma.
Al poco viene por la izquierda ~~xxxxxxxxx~~, Monsieur Gaty, el librero. Es un viejo casi calvo, rubianco, con el rostro herpético y los ojos pitañosos.
Se le adelanta Julián, endomingado y patán.

Julián: Adiós, señor Gaty. ¿No quiere usted saludar a los amigos?

El librero, confuso y hablando atropelladamente: ¡Hombre, Julián! Pues claro que sí, claro que sí...

Julián: Le advierto que no me extrañaría. Nadie me nie-

CAP 050 (59)

ya el saludo, y me lo explico perfectamente: nosotros los franceses somos los animales más sectarios del mundo... pero desde que monsieur Sidon me ha colocado en la fábrica para vigilar a los obreros, son muchos, muchísimos, los que me tienen hincha.

El librero: No le había visto a usted, amigo Juleau.

Juleau, riendo groseramente: No ve usted nunca a nadie. Las gentes dicen que vive usted en las nubes. O que ya chochea, ¡já, já, já!

El librero, confuso: ¿Que yo chocheo? ¡Qué barbaridad!, ¡qué calumnia!

Juleau: ¡Bah! No haga usted caso.

—Con una transición—

¿Se ha enterado ya de lo de ese español?

El librero: Sí, señor: como todo el mundo. ¡Ha sido tremendo!

Juleau: Los rojos españoles son unos granujas y están sembrando entre nosotros la semilla del mal ejemplo.

El librero: Yo antes, cuando llegaron, sentía simpatía por ellos. No vaya usted a creer: simpatía platónica, desinteresada, y sin saber por qué. Hoy, sin saber por qué, la simpatía que me inspiraron ha desaparecido y su trato me resulta desagradable.

Juleau: Porque es usted un patriota, señor Gaty. Francia para los franceses. Y los refugiados, de patitas en la frontera y que les parta un rayo.

El autor: Muy bien, muy bien. Le felicito.

Juleau, con extrañeza: ¿Porque?

El autor: Porque se sabe el papel maravillosamente bien.

CAP 050 (60)

El librero, inquieto, receloso: ¿Eh? ¿"El papel"? ¡Lo que es ~~[illegible]~~ tomarnos por comediantes!

Tuleau, grosero y brutal: No sabemos quién es usted.

El autor, sonriendo: Naturalmente: los tipos como usted no saben nunca quién fué su padre.

— al librero —

Aunque, la verdad sea dicha, con usted me he equivocado totalmente: le creía un liberal, un hombre ~~[illegible]~~ inteligente, y tolerante; ¡y usted es un ~~[illegible]~~ ~~usted~~ ~~cretino~~ mentecato! ¡Que desengaño!

— a Tuleau —

Con usted, en cambio, acerté: me está usted resultando un cerdo de los más asquerosos.

El librero, muy asustado, llevandose a Tuleau: Vámonos, vámonos. Este tío debe estar loco.

— salen. El autor, ~~[illegible]~~ riendo, les mira alejarse. Llegan a poco, paseando, El Padre Tallandier y El Padre Martin.

El Padre Tallandier, cura párroco del pueblo, es alto, magro, tiene el rostro pálido, la frente ancha y desnuda, los ~~[illegible]~~ ojos tristes, de mirada recta y serena

El padre Martin, su vicario, es más bajo, más gordo, más joven. Rostro sanguíneo, boca sensual, mirada torpe. Lee una de la "Picaresca" traducida al francés —

El padre Martín: Monsieur Sidou es un protector de la Iglesia.

El padre Tallandier: Monsieur Sidou es el demonio de la soberbia y un enemigo de la doctrina de Cristo, Nuestro Señor.

El padre Martín, escandalizado, pero sonriendo melifluamente, hipócritamente: ¡Qué exageración, válgame Dios!

El padre Tallandier, con triste ironía: Hará usted carrera padre Martín. Más que del amor a Cristo cuidará usted del cepillo, amontonará sabiamente con dinero de las misas, administrará usted la Casa de Dios como una casa de comercio. A mi muerte será usted cura del pueblo, un cura de manga ancha para los ricos, y sus feligreses le querrán más de lo que me han querido a mí.

El padre Martín: Pero, padre, lo que ha hecho monsieur Sidou es una cosa perfectamente lícita

El padre Tallandier: Lo que ha hecho monsieur Sidou es una infamia. Condenar a la miseria, y quién sabe si al crimen, a una criatura humana no tiene perdón de Dios. Pienso decírselo en la cara.

El padre Martín, alarmado: ¡Por la Virgen Santísima y por todos los santos de la corte celestial, no haga usted semejante tontería!

El padre Tallandier, severamente: ¿A qué le llama usted tontería, mal sacerdote!

El padre Martín: ¡Monsieur Sidou nos cerrará su bolsa!

El padre Tallandier: Tanto mejor. Iremos a pedir limosna, limosna por el amor de Dios.

El padre Martín: Hay que ser prudente, padre; hay

CAP 050 (62)

que andarse con piés de plomo y reflexionar...

El padre Tallandier: Muy reflexivo es usted. Demasiado reflexivo.

El padre Martin: ~~[illegible]~~ Pronto será un bien de nuestra casa.

El padre Tallandier: Nosotros no tenemos casa, padre Martin. Es la casa de Dios, que debe abrir siempre ~~[illegible]~~ sus puertas a los pobres y siempre cerrarlas a los ricos como monsieur Bidou.

— El autor sonríe, asintiendo satisfecho. ~~[illegible]~~ unas. ~~[illegible]~~

~~Rafael: Buenas tardes, padre~~
~~El autor: Buenas tardes, hijo.~~
~~Rafael: ¿Estará usted enterado, supongo...?~~
~~El autor: Pues claro.~~
~~Rafael: Dispense: ¿puedo hacerle una pregunta?~~
~~El autor: Las que quieras.~~

El padre Tallandier añade, sacando un libro del bolsillo: ~~[illegible]~~

Oiga usted lo que ~~[illegible]~~ he leído en este libro...

— Lo abre. Lo hojea. Lee:

"¿Es que os imagináis que Cristo se sentiría hoy bien en una iglesia? En nombre precisamente de Cristo debemos combatir la iglesia. Él no es odioso, pero sí lo es la religión que han edificado con su nombre. Él no pactó con las fuerzas de este mundo, ~~[illegible]~~ pero el sacerdote, sí. En nombre de Cristo, es cierto, pero traicionándole... En tiempos de Cristo no se había planteado la cuestión social, no podía plantearse. De haberse hecho, ya podéis suponer de qué lado se habría inclinado aquel que siempre quiso vivir ~~[illegible]~~ con los pobres y

CAP 050 (63)

los oprimidos... La religión es mala porque al desarmar al oprimido lo entrega al opresor..." (1)

<u>El padre Martín</u>, horrorizado, escandalizado: ¡Lo indignante! Este libro no se ha publicado, de fijo, con licencia eclesiástica.

<u>El padre Tallandier</u>: Con licencia eclesiástica, padre Martín, se publican muchas estupideces. Y yo no las leo.

<u>El padre Martín</u>: Tal cúmulo de impiedades rebajadas es digno de los rojos españoles.

<u>El padre Tallandier</u>: ¡Pobrecillos!

<u>El padre Martín</u>, asombrado: ¿Les compadece usted?

<u>El padre Tallandier</u>: Pues claro.

<u>El padre Martín</u>: ¡Incendiaron las iglesias de la católica España!

<u>El padre Tallandier</u>: ahora les toca el turno a las de la católica Francia.

— <u>El padre Martín</u> le mira con horror, con espanto —

Y nosotros, a pedir limosna: a pedir limosna para los pobres y por amor de Dios.

— Vanse los curas. —

<u>El autor</u>: Ese cura muy simpático, y cabal. Sí, señor. Entrará en el reino de los cielos, no cabe duda.

— Comparece <u>Rafael</u> —

<u>Rafael</u>: Buenas tardes, padre.

<u>El autor</u>: Buenas tardes, hijo.

<u>Rafael</u>: Supongo estará enterado de lo que pasa. Es la comidilla del pueblo.

(1) André Gide: <u>Journal</u> (cito de memoria)

El autor: Estoy enterado, sí.

Rafael: Me lo figuraba.

(Una pequeña pausa.)

Dígame: ¿puedo hacerle una pregunta?

El autor: Las que quieras.

Rafael: ¿Es usted quien ha tramado y desencadenado todo esto?

El autor: ¿Te refieres a lo de monsieur Aidou?

Rafael: Precisamente.

El autor: Pues, no. Mi imaginación no llega a tanto. Hoy, gracias a ese tipo infrahumano, sé que el mal puede no tener límites. No, no: no he tenido arte ni parte en la salvajada de monsieur Aidou, tan enorme, tan extrapolaria, que parece inventada. ~~Un~~ Para un tipo como Aidou no se inventa. Es imposible.

Rafael: ¡Qué canallada!

El autor: No, es un canalla.

Rafael: ¿Usted no piensa intervenir?

El autor: No; el autor no interviene nunca. Quienes intervienen son sus personajes.

Rafael: ¡No será eso cobardía!

El autor: Puede que sí. Pero los creadores de ficciones no estamos obligados a ser valientes. Con que lo seáis vosotros, personajes, basta. Vuestra valentía es, al fin y al cabo, la del autor, que os dio vida.

Rafael: Muy cómodo me parece.

El autor: ¿Te rebelas?

Rafael, mirándole al autor con lástima y cariño:
No, no. Usted lleva ya muchos años a cuestas, y no es cosa de que se líe a palos con monsieur Aidou. Pero, afortunadamente, aquí estoy yo, su hijo, de usted su hijo de papel. Yo que soy joven,

F1

Rafael, asombrado: ¿Cómo que no?

El autor: Es... No sé... Es incalificable, inclasificable... La palabra humana es demasiado pobre para poder dar un nombre a ese ser que no parece humano, que escapa al orden biológico...

CAP 050 (65)

65

fuerte, español, o sea "rojo". Porque, no lo olvide usted: para esos badulaques todos los españoles somos "rojos". Incluso usted, tan poquita cosa.

El autor: Ya lo sé, Rafael.

Rafael: ~~Y~~ Y además de español, que no es poco, ~~un~~ soy tío muy raro, ~~[illegible]~~ ~~[illegible]~~ un poquitín loco, ~~como usted~~ ha querido hacerme.

El autor: ¿Te disgusta?

Rafael: Al contrario: me place. Tonto lo puede ser cualquiera. Loco, no. Para la locura se necesitan muchas agallas.

— De pronto, inquieto —

¿No será monsieur Aidou otro loco?

El autor: No temas: es francés y, por lo tanto, la locura le está vedada. Monsieur Aidou es un enfermo, un caso patológico.

— Con una transición —

¿Y ahora qué piensas hacer?

Rafael, sonriendo: Lo sabe usted tan bien como yo.

El autor: Sí, claro. Olvidaba mi "papel". Claro: yo no tengo, como vosotros, apuntador...

Rafael: ~~En usted no tiene~~ ~~[illegible]~~ Tampoco ~~[illegible]~~. El autor no tiene que darle cuentas a nadie.

El autor: Al público, a los críticos...

Rafael: ¡Bah! En el fondo le importan a usted un bledo el público y los críticos. Sobre todo los críticos.

El autor: [illegible] — Con una transición —

Rafael: ~~No~~ No tema; haré una que será sonada: lo que usted, mi padre, el responsable de mis actos, el que me dió vida y palabra, haría en mi lugar. No sé, a punto fijo, en qué consistirá,

— El autor sonríe —

pero voy a hacer una barrabasada tal que estos meses,

tos del pueblo, se van a acordar de este "co. 66
jo" ~~[illegible]~~ durante toda su cochina vida.

El autor: Por allí viene Julián. Querrás hablar con él.

Rafael: Porque lo quiere usted.

El autor: Naturalmente. Adiós, Rafael, hijo.

Rafael: Adiós, don Luis. ¡Lo orgulloso, lo satisfecho que va usted a sentirse de mí y conmigo! Porque, la verdad sea dicha, hijos como yo ~~[illegible]~~ valen un Perú.

— Vase El autor por la izquierda. Por la derecha, a poco, aparece Julián. Abstraído, perdido en sí mismo, pasaría sin verle a Rafael — en realidad no ve nada de cuanto le rodea — si éste no le llamara —

Adiós, Julianillo.

Julián, deteniéndose: Hola, Rafael.

Rafael: ¿Qué? ¿Te paseo?

Julián: Sí... Por ahí... adonde no me vea la gente...

Rafael: No tienes porqué avergonzarte de nada.

Julián: Me avergüenzo de mí mismo.

Rafael: ¿Por lo que te ha ocurrido con ese mal bicho de Sidom?

Julián: ¿Te parece poco?

Rafael: No, porque sé como las gasta el tío.

Julián: ~~[illegible]~~ ¡Tú qué vas a saber! Fué una escena horrible, de las que marcan a un hombre para el resto de sus días, de las que le hunden para siempre en la humillación. Fué una escena espantosa. Nunca podía imaginar que existiesen hombres como ese señor Sidom, tan malos, de una maldad tan asquerosa. ~~[illegible]~~ Daba miedo y asco, el miedo y el asco

CAP 050 (67)

que dan los reptiles. Me injurió, me insultó sin proferir una sola injuria, un solo insulto. Me trató como no se trata a las bestias. Cada palabra suya era un latigazo que me cruzaba el rostro.

Rafael: ¿Y tú? ¿Porqué aguantabas sus insultos? ¿Porqué te dejaste humillar? ¿Porqué no acallabas sus insultos puñetazos? ¿Es que ya no te queda nada de hombre?

Julián: Soy tan hombre como el que más.

Rafael: ¿Pues entonces?

Julián: Me acordé de mi madre. Y porque no me viera en la cárcel me contuve.

Rafael: Comprendido.

Julián: La quiero mucho, sabes? La quiero con locura, con idolatría, como aquí, que las llevan al asilo, no saben quererlas. Es ya muy viejecita y ha sufrido mucho. Pienso con espanto en el día que se me muera, que será el día que, por no saber, por no poder vivir sin ella, me mataré.

Rafael: No digas disparates.

Julián: Pero antes de matarme, le mataré a él.

Rafael: No.

Julián: ¿Cómo que no?

Rafael: Porque soy yo quien se encarga de Aidan. Yo no tengo madre, comprendes?

—Con una transición—

¿Y ahora qué piensas hacer?

Julián: Nos vamos mañana a Toulouse... Y tú, Rafael... No sabes cuanto te agradezco lo que acabas de decirme. Son las primeras palabras de amistad que oigo después de lo ocurrido..." Pero, déjalo, te lo suplico... Yo soy joven y puedo esperar...

B ¡Magníficas, emocionantes palabras! Como sólo tú puede decirlas. Y hacerlas, pues las palabras se hacen también...

CAP 050 (68)

Rafael: ¿Dejarlo? ¡Ni lo sueñes! ¡Con las ganas que ~~58~~ le tengo al tiparrajo ese!

Julián: ¡Poco, hombre, Rafael! ~~[illegible]~~ Es poderoso y malo...

Rafael, con rabiosa zumba: Como a mí me gustan.

Julián: Y a ti ni te va ni te viene.

Rafael: ¿Conque no me va ni me viene, eh? ¿Es que no comprendes que al humillarte a ti me siento también yo humillado? Es inútil. Soy madrileño de pura cepa, pero más testarudo que un aragonés. Y no temas: no pienso matarle. ~~[illegible]~~ Matarle es poco. Matándole dejaría de sufrir. Y yo quiero que sufra, quiero humillarle, acabar con su soberbia, convertirle en un guiñapo humano, en el hazmerreír de las gentes.

Julián: No podrás.

Rafael: ¿Que no podré? ¡Tú no sabes de lo que es capaz Rafael Camacho!

— Con una sonrisa —

Adiós, ~~[illegible]~~ Julianillo. Mucha suerte. Y ahora déjame: no quiero que me vean contigo.

— Julián le mira con asombro y dolor. Rafael añade, riendo —

¡No! ¡Si no me avergüenzo de ti! ¡Pues bueno fuera! Lo que pasa es que yo, ¿sabes? soy un tío muy raro. Todo el mundo lo sabe.

— Le da un fuerte abrazo —

Anda, ~~[illegible]~~ vete. ¡Largo!

— Julián se aleja sin comprender. Rafael murmura:

¡Pobrecillo!

Telón

CAP 050 (69)

Cuadro segundo:

— ~~[illegible]~~ Pocas horas después, en casa del Padre Tallandier

Una salita muy pobre, ~~[illegible]~~ con muy pocos muebles, casi desnuda. Paredes blancas. Un crucifijo. Un armario con libros. Un sillón y unas sillas de anea.
Ha cerrado ya la noche.

El padre Tallandier está leyendo. Llaman a la puerta de la calle. El padre Tallandier abre.
Entra Julián.

El padre Tallandier: Entre usted. Digo, si no le da miedo entrar en casa de un cura.

Julián: Cuando el cura es usted, no. Usted no se parece a los demás curas.

El padre Tallandier, con un suspiro: Ya lo sé. Y ~~[illegible]~~ usted, ¿cómo lo sabe?

Julián: Porque las gentes del pueblo, las que frecuentan la iglesia, no le tienen a usted mucha simpatía.

El padre Tallandier, riendo: Tanto mejor.

— Muy afectuoso, muy cordialmente —

Siéntese usted. Desearía hablar con usted antes de que se marche del pueblo.

Julián: Me voy mañana en el primer tren.

El padre Tallandier: Huyendo.

Julián: Sí, señor...

— Corrigiéndose —

¿Debo llamarlo padre?

El padre Tallandier: No, puesto que no lo soy. Puede, si quiere, llamarme hermano. Hermano suyo,

CAP 050 (70)

hermano de los hombres como usted, sí lo soy.

Julián: No parece usted un cura como los otros.

El padre Tallandier: En efecto, no me parezco a ellos, a los otros.

Julián: Claro que yo... pues... no puedo opinar, ¿sabe usted? Los traté muy poco... y allá en España no son como usted.

El padre Tallandier: Ni aquí tampoco. Se diría que no les tiene usted mucha simpatía.

Julián: No quiero engañarle...

El padre Tallandier: Hace bien usted porque a mí no se me engaña fácilmente.

Julián: Les tengo muy poca.

El padre Tallandier: Durante la guerra de España... ¿mató a muchos?

Julián, en voz muy baja: Uno, el del pueblo. Era muy malo.

El padre Tallandier: Si era tan malo como dice, Dios lo habrá perdonado.

Julián, lleno de pasmo: ¿No me echa usted de su casa? ¿Sabe que he matado a uno de los suyos...

El padre Tallandier, interrumpiéndole: De los míos, no.

Julián: Bueno, a un cura... ¿Sabe que he matado a un cura y no me echa de su casa?

El padre Tallandier: Pues claro que no. Vamos a ver: ¿me matarías a mí?

Julián: No; a usted, no.

El padre Tallandier: ¿Por qué?

Julián: Pues no sé...

El padre Tallandier: ¿Pero sí sabes por qué mató al otro?

Julián: Porque era un mal hombre, un mal bicho, casi tan malo como monsieur Aidou... Bueno, tanto, no. Tanto, es imposible.

CAP 050 (71)

— Una pausa —

El padre Tallandier: ¿Su madre de usted sabe lo ocurrido?

Julián: Sí lo sabe. Se lo conté yo antes de que se lo contaran las vecinas. ¡Menudo disgusto se ha llevado la pobrecilla!

El padre Tallandier: Me lo figuro.

— Transición —

¿Tiene usted amigos en Toulouse?

Julián: Algunos.

El padre Tallandier: ¿Españoles?

Julián: Españoles.

El padre Tallandier: ¿Podrán ayudarle?

Julián: Son pobres, pero son buenos y me ayudarán. Buscaré trabajo...

El padre Tallandier: Tome usted esta tarjeta: es para un amigo mío que ~~pod~~ tiene medios de proporcionárselo. Es muy buena persona... Porque también ~~[illegible]~~ en Francia hay buenas personas...

Julián: Ya lo supongo.

El padre Tallandier: Y tome usted este dinero.

— Le alarga unos billetes —

Julián: No, gracias, señor cura... No lo merezco... De veras...

El padre Tallandier, con afectuosa ~~[illegible]~~ brusquedad: No sea usted bruto. Ni se sienta ofendidito. Sé que es usted pobre y es dinero de la iglesia. Y el dinero de la iglesia debe ser para los pobres.

— Le mete los ~~[illegible]~~ billetes en el bolsillo —

¿Sabe usted quién me lo ha dado? ¡Monsieur Aidon!

~~Telón~~ 99

–Ante una mirada, llena de pasmo, del mozo–

¿Pues qué se figuraba usted? ¡Monsieur Aidan es muy buen cristiano!

Telón

Cuadro tercero:

Han pasado quince días. Nos hallamos en el monte, en las afueras del pueblo. Un sendero que se adentra en el bosque.

Paisaje de cromo, de tarjeta postal. Al fondo: unos prados, el río, un monte y, en lo alto del monte, la blancura de un caserío.

Son las seis de la tarde de un día del mes de agosto.

Llegan, enlazados, besándose, Rafael y Sergette.

Sergette, en la que, al contacto con el hombre, con el macho, va muriendo la señorita: ¿Besarse no será pecado?

Rafael: No. El pecado no existe. La noción de pecado la inventaron, por miedo, los hombres como monsieur Aidan.

Sergette: No se te ocurra hablarme mal de él.

Rafael: Pues claro que no.

Sergette: ¿De veras?

Rafael: Pues claro. Si no te quisiera me habría ya marchado del pueblo, que es muy aburrido.

Sergette: ¿Muy aburrido? A mí, en verano, me parece bonito.

Rafael: Los hay más bonitos: Biarritz, Deauville, Cannes.

Sergette: No sé.

Él al contrario: te veo lleno de virtudes.

Ferpette, riendo: Pues eres el único. Sospecho que la mayoría de las gentes no te puede tragar, no te puede ver ni en pintura. ¿Qué virtudes ves en papá?

Rafael: Una sola que las resume todas: la de ser tu padre.

- Besándola -

Te quiero.

Rafael: Yo, sí.
Sergette: Has viajado mucho.
Rafael: Bastante.
Sergette: Nosotros, muy poco.
Rafael: ¿Quieres que te lleve a la Costa Azul? ¿Quieres que huyamos, como los amantes de las novelas?
Sergette: ¿Para qué? ¿~~[illegible]~~ Por qué? Iremos ~~[illegible]~~ una vez casados.
Rafael: Pero huir es mucho más romántico que casarse.
Sergette: En las novelas, sí. Pero la vida no es una novela ni yo una romántica. En la vida lo más práctico es casarse. Sobre todo para una muchacha como yo, ¡que me aburría tanto!
— Sin mojigatería alguna —
Y como, después de la trastada que hemos hecho, tendríamos que casarnos...
Rafael: ¿Te arrepientes?
Sergette: No. Porque te quiero. Nunca había querido a ningún hombre. Claro que no tuve ocasión. En invierno, el ~~[illegible]~~ colegio de monjas; en verano, con mis padres, que deben ser también, Dios me perdone, muy aburridos pues nunca sonríen, nunca parecen contentos, nunca se dirigen una palabra amable... En casa no damos fiestas, apenas recibimos visitas... Excepto el jardinero, el primer hombre con quien he hablado has sido tú.
Rafael: ~~¡[illegible]!~~ [illegible]
Sergette, extrañada: ¿Pobrecita por qué?
Rafael: Porque a veces me das lástima.
Sergette: ¿Yo? ¿La hija de monsieur Sidou?
Rafael, reaccionando: Tienes razón: la hija de monsieur Sidou no puede, no debe inspirar lástima.

Rafael: ~~[illegible]~~ Viéndote tan ~~[illegible]~~ inexperta, tan bobita, me asaltan los remordimientos. No me he portado contigo como un caballero.

Sergette: ¡Pero si tú, Rafael, no eres un caballero!

Rafael, con recelo: ¿Ah, no?

Sergette: Eres un enamorado.

Rafael: Un enamorado... sí, claro... Pero lo que hago contigo no está nada bien.

Sergette: Era una niña y me has hecho mujer. ¿Te parece poco? He sido tuya porque me gustas. ¿Y qué? Nos casaremos y aquí paz y después gloria.

Rafael: ¡Pobrecilla!

CAP 050 (74)

Sergette: ¿O te pasa lo que a todo el mundo: que te asusta el dinero de papá?

Rafael: El dinero de monsieur Sidou me tiene sin cuidado.

Sergette: Tú tampoco eres pobre.

Rafael: ¡Yo qué voy a ser!

Sergette: De todos, también te quisiera, ¿sabes? Pero más vale que tengas una posición. ¿Y siendo, además, ingeniero...

Rafael: Ingeniero, arquitecto, almirante, galán de cine. Como tú quieras. Seré lo que tú quieras.

Sergette, riendo, embelesada: ¡Qué loco!

—Le besa. Pasan El librero y El padre Martin. Sergette, sofocada, llena de confusión, no sabe cómo reparar lo irreparable. El cura y el librero se alejan escandalizados, murmurando:

El librero: ¡Pero si es la hija de monsieur Sidou!

El padre Martin: ¡El tenía su culpa! ¡Qué escándalo!

Sergette, asustada: Nos han visto.

Rafael: Creo que sí. Pero nos vieron también otros.

Sergette: Se irán con el cuento a papá.

Rafael: Tanto mejor.

Sergette: ¿Tanto mejor?

Rafael: ¡Pues claro! Como la trastada ya no tiene remedio... ¿O es que te figuras que, excepto

Sergette, ya en pie, mirando en torno por si viene alguien: Tengo miedo.

Rafael: Hay que acabar con el miedo. ¡A besos! ¡Queriéndonos mucho!

La coge en brazos. La besa. La mujer se abandona, transida de voluptuosidad.

Telón

¿ Papá no tiene poca simpatía a los españoles... ¡Como todos los que ha conocido son unos pobretones! Pero tratándose de un rico, ya no te considerará español

[?] Rafael les mira sonriendo

S tus padres, — los padres y los maridos son siempre los últimos en enterarse — ¿no lo sabe ya todo el pueblo? ~~Cosa~~ Que lo sepan ellos también no tienen importancia. Monsieur Gaty es un viejo loco al que nadie hace caso. En cuanto al cura, se ~~[illegible]~~ dirá, regocijado: ¡casamiento en puerta!

Sergette: Pues que no se alegre porque no es él quien debe casarnos. Nos casará el obispo.

Rafael: ¡Vaya boda magnífica! ~~[illegible]~~ La señorita Sergette Silon, hija del conocido multimillonario, ha contraído enlace matrimonial con don Rafael ~~de~~ Camacho de Cercedilla y de Madrigal de las Altas Torres!

Sergette, embobada: ¿De? ¿Eres noble?

Rafael: Como todos los españoles.

Sergette: Menos los de la mina.

Rafael: No me los recuerdes.

Sergette: ¡Querido!

— Se abrazan. Se ~~[illegible]~~ besan. Acechan, dispuestos, desde un rincón, el cura y el librero. —

Telón

Acto III

Cuadro primero

~~La casa de Ubrania Aidar.~~
~~Han transcurrido tres o cuatro días~~

Intermedio

A telón corrido, aparecen El autor, por la izquierda, y, por la derecha, Rafael

Rafael: Le buscaba a usted, don Luis.

El autor: Pues aquí me tienes.

Rafael: Deseaba hablarle.

El autor: Para eso te he dado vida, la vida de la palabra y la de la acción: para que hables. Pero, no conmigo. No es corriente que los personajes hablen con su autor.

Rafael: Ya lo sé. Pero no hay que olvidar que ni usted ni yo somos personajes corrientes.

El autor: ¿También a mí me conviertes en personaje?

Rafael: No; yo, no: usted. El autor es siempre personaje principal en sus ficciones: un personaje que, por timidez, se queda siempre entre bastidores. Usted, don Luis, ha olvidado su papel de autor, que es el de dejarnos hablar y obrar por nuestra cuenta, e interviene de continuo en la comedia.

El autor: Nadie obra completamente por su cuenta: ni vosotros ni yo. ¿Qué es lo que quieres?

Rafael: Temo haber pasado a ser un personaje antipático.

El autor: ¿Por qué?

Rafael: Por el mal cariz que toman mis amores con Georgette. Estoy cometiendo con ella una villanía.

El autor: No.

Rafael: ¿No? ¿Le parece a usted decente reducir a

una pobre muchacha, hacerle un crío, y lue-
go plantarla?

El autor: No se trata de una pobre muchacha sino de la hija de monsieur Sidou, recuérdalo, y recuerda que no se puede sentir lástima de la hija de monsieur Sidou. Ni se trata de uno de tantos, y tan vulgares casos de seducción. No ha habido seducción.

Rafael: ¿Cómo que no?

El autor: No. Sergette no se ha entregado a Rafael Camacho.

Rafael: ¡Pero, San Luis, por Dios!

El autor: Sergette se ha ~~[illegible]~~ entregado al hombre, al macho, al primero que le salió al paso.

~~Rafael: [illegible] ¿No [illegible] humillante para mí? [illegible]~~

~~El autor: En el [illegible] humillado al hombre. A pesar de que [illegible] de [illegible] todo lo contrario.~~

Rafael: Bueno, pero, aun siendo así, la pobrecilla va a pagar caro su desliz.

El autor: Quien va a pagar caro, caro de veras, es monsieur Sidou. ~~[illegible]~~ ¡Tan alto, tan poderoso, y tú, un Don Nadie, le habrá llenado de lodo! ¿No es eso lo que querías?

Rafael: Pues, sí ... ¿Pero Sergette ...

El autor: No temas, que, ~~[illegible]~~ aparte unas ... las escenas borrascosas con su padre, no le ocurrirá nada malo. Ni se suicidará por amor a ti, ni por amor, profesará en un convento de clarisas. Puedo asegurártelo. En lo que ha pasado entre tú y ella el amor brilló por su ausencia.

— abrazándole como es debido en un autor: paternal-

Rafael: ~~El~~ ¿Entonces yo no cuento para nada? Me parece humillante.

<u>El autor</u>: En el duo amoroso el hombre cuenta poco. Y no me ~~[illegible]~~ saques a colación ~~[illegible]~~ Don Juan, ~~[illegible]~~ pues Don Juan fué un mentecato de tomo y lomo. Del duo amoroso ~~[illegible]~~ el hombre suele salir siempre humillado... aunque, por mentecatez, por vanidad, se figure lo contrario.

CAP 050 (78)

-mente-

~~[tachado]~~ No temas: te has portado como un hombre. Le has vengado a Julianillo.

— óyense fuertes risas en el interior —

Hagámonos a un lado. Dejémosle paso al relaño.

— se sitúan ~~[tachado]~~ a un lado, derecha o izquierda — tanto monta — del escenario, ante las candilejas. Llegan, en racimo, en ~~[tachado]~~ una farándula de ~~[tachado]~~ aquelarre, Pédé, Antoine, El librero, Fernand, El capataz, El cantinero, obreros de la mina, mujeres del pueblo, los croupiers, los camareros y el portero del casino... Ríen, se tronchan, se desternillan de risa. Risa vengadora y furiosa, delirante y vesánica, — risa espantosa del cierzo cuando se siente fuerte — risa que tiene mugidos de tormenta...

Todos: ¡Já, já, já, já, já! ... ¡Monsieur Aidon! ... ¡Já, já! ... ¡Ja, ja, ja! ... ¡Já, já, já, já, já! ... ¡Monsieur Aidon! ... ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja! ... ¡Monsieur Aidon! ... ¡Já, já, já! ...

— Cruza de izquierda a derecha Monsieur Aidon, ~~[tachado]~~ esforzándose por aparecer frío y altanero como siempre pero lográndolo tan sólo a medias.
Al verle se apagan las risas, pero nadie le saluda. Ya no les da

miedo. Ya le saben vulnerable.—

El autor, a Rafael: Se acabó Monsieur Sidou. Ahora te toca rematarle.

—(Cuando ha pasado Monsieur Sidou estallan de nuevo las risas.

Todos: ¡Monsieur Sidou!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja!

—Salen corriendo, saltando en alegría frenética y feroz. El autor y Rafael les siguen lentamente. Y se levanta el telón del

CAP 050 (80)

Cuadro primero del Tercer acto

En casa de Monsieur Sidou. La esposa de Monsieur Sidou tronchada en una silla como un monigote. Monsieur Sidou paseando arriba y abajo, furioso, rabioso, pero tapando el peso.

Del acto anterior a este han transcurrido cinco días.

Monsieur Sidou: La culpa de lo ocurrido es tuya, totalmente tuya. Yo no tenía tiempo de ocuparme de Gergette. En el convento tenía quien velaba por ella. Aquí en casa, no. Eres una inutilidad.

La esposa de Monsieur Sidou: No era cosa de atarla, de encerrarla en su cuarto. Por las tardes solía salir de paseo.

Monsieur Sidou: ¿No le bastaba, para sus paseos, el jardín, que es el más grande del pueblo?

La esposa de Monsieur Sidou: Por lo visto no le bastaba.

Monsieur Sidou: Tenías que haberte preocupado de saber con quién paseaba.

La esposa de Monsieur: ¿Por qué, si no tiene amigas? Salía con un libro.

Monsieur Sidou: Mala compañía la de los libros. Los libros llenan de humo la cabeza de las mujeres.

La esposa de Monsieur Sidou: No sé. No los leo. ¿Pero porque, entonces, tener biblioteca en casa?

Monsieur Sidou: Porque todo el mundo la tiene... Me refiero al mundo de los ricos... Porque es moda, y... ... de ningún hombre

B Las medias las inventasteis las mujeres y, claro está, son una calamidad

CAP 050 (81)

como yo, a ninguna rico, se le ocurre leer los
libros de su biblioteca.

La esposa de monsieur Sidou: Sin ellos habría ocurrido lo mismo.

Monsieur Sidou: Porque no supiste velar por ella. Porque no supiste velar por su decoro. Porque no has sabido cumplir con tu obligación de madre.

La esposa de monsieur Sidou: Ni tú con la de padre.

Monsieur Sidou: La mía era enriquecerme, enriquecerme cada día más para poderla casar con un hombre rico. ¡Y la muy idiota se deja seducir por un pobretón que no tiene donde caerse muerto! ¡Por un asqueroso refugiado español!

La esposa de monsieur Sidou: Seguramente la forzó. Nadie me quita de la cabeza que hubo violación. Los españoles son el mismo demonio.

Monsieur Sidou: ¡Mi hija, la hija de Sidou, del hombre más rico y poderoso de la comarca! Me ha puesto en ridículo, me ha convertido en un fantoche grotesco, me ha hecho vulnerable. ¡Cómo se van a reír los que me odian!

La esposa de monsieur Sidou: ¿Odiarte? ¿A ti? ¿Por qué van a odiarte?

Monsieur Sidou: A ti y a mí. A los ricos. La riqueza engendra, con la envidia, el odio. Antes me tenía sin cuidado. Hoy, no. Hoy, gracias a esa estúpida, he dejado de ser el más fuerte y la gente sabe que puede reírse de mí. Y gracias a ti, que no ves más allá de tus narices. Eres tan culpable como ella.

La esposa de monsieur Sidou, lloriqueando: ¡Señor! ¡Señor! ¿Por qué castigarnos tan afrentosamente?

CAP 050 (82)

Monsieur Sidou: Las lamentaciones son siempre inútiles por tardías. Lamentarse es de cobardes.

La esposa de monsieur Sidou: No me voy a poner a bailar de alegría.

Monsieur Sidou: ~~[illegible]~~ así lo espero.

La esposa de monsieur Sidou: Para los vencidos Dios es nuestro último consuelo.

Monsieur Sidou: No soy un vencido. A Sidou no se le vence así como así. He sufrido un fuerte batacazo, el primero en mi vida, pero no me considero un vencido. Ni mucho menos.

La esposa de monsieur Sidou: ¿Qué piensas ~~[illegible]~~ hacer?

Monsieur Sidou: Con ella no sé.

—Con un odio terrible— a él, aniquilarle, destrozarle, hundirle para siempre.

La esposa de monsieur Sidou, respirando satisfecha: No han acabado contigo, no. ¡Gracias, Dios mío!

Monsieur Sidou: Déjame. Y mándame la chica.

—Sale La esposa de monsieur Sidou con obediencia de borrego. Monsieur Sidou, ~~[illegible]~~ nervioso, descompuesto, dominado por una ira fría y espantosa, pasea a grandes zancadas la estancia. Cuando oye llegar a su hija procura dominarse y se sienta detrás de la mesa.

Entra Sergette.

Sergette: ¿Me llamabas?

Monsieur Sidou: Sí. Cierra la puerta.

Y siguen siendo el de siempre: el amor.

CAP 050 (83)

— La chica obedece —

No tengo necesidad de que las criadas ~~[illegible]~~ oigan lo que vamos a hablar. Acércate, no temas.

Sergette: No temo nada.

Monsieur Bidou: ¿Conque no, eh? ¿Supongo sabrás lo que tengo que decirte?

Sergette: Lo supongo.

Monsieur Bidou: ¿Y no tienes miedo?

Sergette: No.

Monsieur Bidou: ¿Ni te da reparo?

Sergette: No.

Monsieur Bidou: ¡Insolente! ¡Idiota! ¿Es que no tienes vergüenza?

Sergette: No sé.

Monsieur Bidou: ~~[illegible]~~ ¿Que no sabes? ¿Cómo que no sabes? Yo sí lo sé. ~~[illegible]~~ Eres un pingajo, una mujer sin honra. ~~[illegible]~~

Sergette: No sé qué es la honra.

Monsieur Bidou: ¡Debería molerte a palos!

Sergette: Hazlo. Pero no remediarás lo hecho.

Monsieur Bidou: Vas a contarme lo ocurrido, cómo ha ocurrido. ¡Quiero saberlo todo!

Sergette: Lo sabe todo el mundo en el pueblo.

Monsieur Bidou: ¿Supongo que no serás tan estúpida que te alegres de ello?

Sergette: No: me tiene sin cuidado.

Monsieur Bidou: Habla. ¡Habla, pécora!

Sergette, resignadamente y con indiferencia: Bueno. ~~[illegible]~~ He conocido a un hombre. Me dijo que se había enamorado de mí. Me gustó. Nos queremos. Voy a tener

un hijo de él. Todo es todo.

Monsieur Sidon: ¿Te parece poco?

Sergette, sin desplante alguno: No me parece nada extraordinario. Ni creo que la cosa merezca las proporciones catastróficas que queréis darle.

Monsieur Sidon, asombrado: ¡Pero, imbécil!... ¿No comprendes que me has deshonrado, que nos has deshonrado?

Sergette: (Una mirada de extrañeza)

Monsieur Sidon: ¿Abusó de ti? Dime que abusó de ti y te perdono.

Sergette: No puedo decirlo porque mentiría. No abusó de mí. Prometió casarse conmigo.

Monsieur Sidon, con rabiosa ironía: ¡Hombre magnánimo!

Sergette: Es decir, no: fui yo la que le prometí casarme.

Monsieur Sidon: Y él aceptó encantado.

Sergette: Pues, sí, señor. Porque me quiere. Y yo a él. Es un aristócrata, no creas.

Monsieur Sidon, en el colmo del asombro: ¡Un aristócrata!

Sergette: Un aristócrata español.

Monsieur Sidon, pálido, lívido de ira: Y tú una imbécil, una parmarote. ¿Saber quién es el hombre que tan indignamente te ha mentido? ¡La hez, el detritus, la escoria de la sociedad!

Sergette, suavemente: No.

Monsieur Sidon: Un anarquista, un comunista, un reaccionario.

Sergette: Se ríe como un niño y en su mirada brilla la bondad.

Monsieur Sidon: Un refugiado, un pordiosero, un hambrón.

CAP 050 (85)

Sergette: Te equivocas. Es rico. Quiero llevarme a la Costa Azul.

Monsieur Sidou: ¿Porque nada menos que a la Costa Azul?

Sergette: Pero yo te dije que sería mejor aplazarlo para después de casados.

Monsieur Sidou: No sé si te burlas de mí, como ya haces todos seguramente, o si es la memez quien habla por tu boca. Jamás hubiera podido sospechar semejante inconsciencia. Me vas a volver loco. Me has encerrado en un callejón sin salida. ¿No comprendes, imbécil, que ese hombre no te quiere? ¿No comprendes que lo que quiere es tu dinero, mi dinero?

Sergette: Te equivocas. No necesita tu dinero: es rico.

Monsieur Sidou: Pues no te casarás con ese pordiosero, ¿sabes? Le mandaré a presidio, le mataré.

Sergette: ¿Y yo? ¿Me matarás también a mí?

Monsieur Sidou: Lo haría porque lo mereces, porque eres una mujerzuela, una zorra. Pero no puedo, no puedo, porque todo el mundo sabe que vas a tener un hijo!

— Con una transición, dominándose —

Vamos... sé razonable, ten un poco de juicio. Di que, aprovechándose de la soledad, abusó de ti, te violó... Buscaremos otro marido más guapo, más elegante que cargue con el hijo... Lo encontraremos fácilmente. Con dinero se encuentra todo: incluso un marido.

Sergette: No: quiero a Rafael.

Telón

Monsieur Sidon: ¿De haber sabido que era pobre, querrías casarte con él?

Sergette: Pues claro. ¿Y, el dinero, qué tiene que ver? Es guapo y me gusta.

Cuadro segundo:

En casa de Sidoux, al día siguiente.

—La esposa de monsieur Sidoux introduce al Padre Tallandier.

La esposa de monsieur Sidoux: Ya ve usted qué desgracia, padre. ¡Nosotros, tan buenos cristianos!

El padre Tallandier: No hay que apurarse, señora Sidoux. Con la ayuda de Dios, todo tiene remedio. Con la ayuda de Dios y, en vez de dejarse llevar por el rencor, dejándose llevar por la comprensión, por la bondad.

—Entra Monsieur Sidoux—

Monsieur Sidoux: Buenas tardes, padre. Siéntese.

—a su mujer—

Vete.

—Sale, compungida, la esposa de monsieur Sidoux.

Usted dirá.

El padre Tallandier: Vengo a hablarle de su hijo... y de ese muchacho, Rafael.

Monsieur Sidoux: ¿Lo cree usted muy necesario?

El padre Tallandier: Lo creo imprescindible.

Monsieur Sidoux: Hable usted. Pero que conste: le recibo y estoy dispuesto a aguantar su sermón por respeto a los hábitos que usted viste. No por otra cosa.

El padre Tallandier: Por lo que sea. Lo importante es que me escuche usted.

Monsieur Sidoux: Le escucho.

El padre Tallandier: Comprendo que lo que ha pasa-

CAP 050 (87)

rado le haya causado a usted
un enorme disgusto.

Monsieur Sidou: No puede figurárselo.

El padre Tallandier: Pero, fíjese usted bien: he dicho lo pasado.

Monsieur Sidou: Comprendo: lo que ya no tiene remedio.

El padre Tallandier: Sí lo tiene: está en su mano de usted.

Monsieur Sidou: Le advierto que no admito consejos de nadie.

El padre Tallandier: Ya lo sé. Y menos de mí... a pesar de los hábitos. Le soy a usted profundamente antipático.

Monsieur Sidou: Sí, señor.

El padre Tallandier, apenado: También usted me lo es a mí. Dios me perdone mi flaqueza. Bien quisiera sentir lástima de usted, pero no puedo. En la lástima, en la compasión hay siempre un regusto de amor.

Monsieur Sidou: ¿Lástima de mí? ¿Usted, un pobre cura loco y revolucionario?

El padre Tallandier: No diga usted tonterías, señor Sidou.

Monsieur Sidou: ¿Lástima de mí, de un hombre tan rico que lo puede todo?

El padre Tallandier: Para usted, por lo visto, tan sólo cuenta el dinero.

Monsieur Sidou: El dinero es el poder, el único poder invencible.

El padre Tallandier: El dinero le ha convertido a usted en un ser infrahumano. Y a pesar de la invencibilidad del dinero, le han vencido a usted. Yo vengo a hablarle de su vencedor.

Monsieur Sidou: ¿Un nombre suyo?

El padre Tallandier: No: en el mío ~~[illegible]~~ y por ~~[illegible]~~ deber de cristiano. Rafael ignora que haya dado este paso.

Monsieur Sidou: Será muy amigo suyo, por supuesto.

El padre Tallandier: Apenas le conozco. Los refugiados españoles, la mayoría de los refugiados españoles no son como usted, señor Sidou: no frecuentan la iglesia.

Monsieur Sidou: Acabemos. ¿Qué quiere usted?

El padre Tallandier: Pedirle ~~[illegible]~~ que, cumpliendo su deber de padre y de cristiano, case usted a los muchachos.

Monsieur Sidou: Hace un momento estuvieron aquí los notables del pueblo, las fuerzas vivas: el alcalde, el notario, el jefe de la gendarmería, el maestro de escuela, el librero, el colrador de contribuciones, el jefe de Correos. Y me aconsejaron todo lo contrario.

El padre Tallandier: Porque son unos cotorrotes.

Monsieur Sidou: El padre Martin estaba con ellos.

El padre Tallandier: Otro cotorrote.

Monsieur Sidou: Defendían el orden, la moral, la familia.

El padre Tallandier, indignado, ~~[illegible]~~ casi gritando: Defendían la rapacidad, la fuerza bruta, el abuso de poder, el farisaísmo. ¡Rebaño de sexdos fibriles de lolo!

Monsieur Sidou: Tampoco por ellos siente usted gran simpatía.

El padre Tallandier, furioso: ¡Tampoco!

— De pronto, apenadísimo —

¿Seré de veras un mal sacerdote? ¿~~[illegible]~~ Lo que no Padre, ~~[illegible]~~ no

– (en una transición –

Para usted no deben contar otras fuerzas ~~pu~~ vivas
que las de su corazón, fuente de vida.

CAP 050 (89)

podré amar a mis semejantes?

—Con un suspiro de bondad: declaración—

¡ ~~[illegible]~~ Resulta tan difícil en este pueblo, señor, amar a sus semejantes!

Monsieur Sidon: Usted, padre Tallandier, es un infeliz. ¿No comprende que un ~~[illegible]~~ palafustán como su protegido no puede casarse con la hija de un hombre tan rico como yo?

El padre Tallandier: Un ~~grave~~ sabio sacerdote ha dicho que "en el origen de todas las grandes fortunas hay cosas que dan espanto" (1)

Monsieur Sidon: El cura ese, al que usted califica de sabio, no perteneció representante a la Iglesia Francesa.

El padre Tallandier: ¿Qué es eso de la Iglesia Francesa? ¿Qué imbecilidad es esa? No hay más que una iglesia: la Católica.

Monsieur Sidon: Me habla usted en un tono que no he tolerado jamás a nadie. No olvide que está usted en mi casa.

El padre Tallandier: Defiendo la Iglesia de Cristo contra la insensatez de un mal cristiano.

Monsieur Sidon: Puedo hacer que le castiguen a usted por su insolencia. Tengo poder para ello. El obispo, como todo el mundo, hace lo que le pido.

El padre Tallandier: Ni usted ni el señor obispo, con todo su poder, podrían ~~[illegible]~~ despojarme de esta sotana zurcida ni de mi fé sin mácula. Yo, como usted, no le temo a nadie. He venido a aconsejarle que case usted a los chicos porque, además de lo más cristiano

---

(1) Monseñor Bourdaloue.

CAP 050 (90)

y lo más decente, es lo más práctico.

—Procurando [illegible], calmar su indignación, su asco—.

Se haber podido ocultarse, lo sucedido no tendría importancia. Usted es rico y con dinero todo se compra: el silencio de un médico y la dignidad de un marido. Pero esta solución, que es la que usted hubiese preferido, ya no es posible. Todo el pueblo se ha enterado, todo el pueblo conoce los amores de la hija del señor Sidou con Rafael, todo el pueblo sabe que la hija del señor Sidou está en cinta. Comprar un sinvergüenza para marido sería completamente inútil y el buen nombre de los Sidou no se salvaría con ese remiendo torpe. ¿Que Rafael no es el marido que usted soñaba para su hija? No, indudablemente. ¿Qué le vamos a hacer? Sírvale de consuelo pensar que la señorita Georgette le quiere y será feliz con él.

Monsieur Sidou, que apenas le ha escuchado, que casi no le ha oído: ¿Sabe usted, padre Tallandier, que está usted actuando como un chantagista?

El padre Tallandier: ¿Sabe usted, señor Sidou, que me está usted ofendiendo?

Monsieur Sidou, calmoso, con una tranquilidad feroz: No se sulfure usted, padre; se lo ruego. Acepto el chantage. —Lentamente, mirándole al cura a los ojos— ¡Casaré a mi hija con ese hampón, con ese miserable!

El padre Tallandier, asombrado: ¿Lo dice usted de veras?

Monsieur Sidou: ¡Y tan de veras!

El padre Tallandier, con faz radiante: ¡Gracias, Sir

por haber iluminado su corazón!

Monsieur Aitor, seco, tajante, regodeándose en su ira fría y espantosa: Pero no vaya usted a creer que lo hago por bondad, por arrepentimiento. Yo no me arrepiento nunca de nada. Ni vaya usted a creer que lo hago por mi hija. No. Lo hago por vengarme.

— El pobre cura le mira sin comprender —

Sí. Por vengarme, sí. Por vengarme de él y de ella. ¿No comprende, verdad? Le caso con mi hija para hacer de ese pobretón un rico, para que el dinero acabe con él subyugándole, esclavizándole. Le caso con mi hija para hacer de ese rojo un burgués, el más odioso de los burgueses. Le caso con mi hija para hacer de ese obrero un verdugo de los obreros, el más feroz de los verdugos.

El padre Tallandier, pálido, retrocediendo: ¡Me da usted miedo! ¡miedo y asco!

Fin

.Fl

Si cambia de nacionalid., – no quiero extranjeros en la familia – le caso con mi hija, si, señor. Le

CAP 050 (92)

Cuadro tercero:

Al día siguiente, en casa de Monsieur Bidou. La esposa de Monsieur Bidou acompaña a Rafael — tras el cual, como su sombra, aparece el autor — y, retirándose, dice sin mirarle:

La esposa de monsieur Bidou: Mi marido viene enseguida.

Rafael, al autor: ¿Usted también aquí, don Luis?

El autor: También.

Rafael: ¿Qué dirá, al verle, el señor Bidou? Sabe serle usted profundamente antipático. Sabe sentir por usted verdadera aversión.

El autor: Como por todo el mundo, como todos los solitarios. El señor Bidou no sabe que siempre ha vivido solo, no sabe que es el hombre más solo del mundo. Su mujer, sus hijos, los criados, los obreros — no digo las amistades porque no las tiene — son para él inexistentes. No temas: no me verá. Su mujer, ese lamentable estafermo, tampoco me ha visto. A los personajes, cuando toman cuerpo y voz en el comediante, les está prohibido mirar al apuntador.

Rafael: ¿Teme usted que no me sepa bien el papel?

El autor: No es eso: es que no me quiero perder esta última escena.

— Entra Monsieur Bidou. No sabe mentir, pero, violentándose, vese obligado a mentir cosa que acaba de desconcertarle. No ha sido nunca amable con nadie pero tiene que

¿

Rafael: Pero usted, ¿no es el autor?

El autor: Claro que sí. Pero también el apuntador, que no existiría sin mí. Como a ~~vos~~ vosotros, también a él le doy vida: ~~una~~ vida menos brillante que la vuestra; vida de hombre misterioso que, en vez de aplausos, escucha con frecuencia siseos; vida invisible bajo la esta jaula

—señalando la concha— que le ha salido al escenario.

—Con una transición—

Hoy, en este momento, el verdadero apuntador soy yo.

CAP 050 (93)

que sepa con Rafael, al que de buena gana estrangularía, y lo es como lo sería un crío. Si empieza sonreír lo haría. Pero no sabe.

Monsieur Bidou: Buenas tardes.

Rafael: Buenas tardes.

Monsieur Bidou ~~[illegible]~~: Siéntese usted, hágame el favor.

Rafael, ~~[illegible]~~, sin insolencia pero con una calma — la del más fuerte — absoluta: Muchas gracias.

Monsieur Bidou: Necesito hablar con usted largo y tendido.

Rafael: ¿A buenas?

Monsieur Bidou, tragando saliva: Pues claro que a buenas.

Rafael: ~~[illegible]~~ Me extraña.

Monsieur Bidou, que de buena gana le arrojaría al mozo por el balcón: ~~[illegible]~~ Usted y yo tenemos que llegar a un acuerdo.

Rafael, cada vez más extrañado de tanta amabilidad: Me parece que no.

Monsieur Bidou: Le aseguro a usted que sí.

— Con una transición —

¿Ha visto usted a Georgette?

Rafael: No, señor.

Monsieur Bidou: Luego pasaremos a verla. ¡Lo contenta que se pondrá con su visita!

— Rafael le mira a Monsieur Bidou con recelo, con desconfianza. Monsieur Bidou prosigue:

A propósito de Georgette... Me dijo que era usted rico.

Rafael, ~~[illegible]~~: ¿Rico?

— Echándose a reír, cosa muy importante porque es la primera vez que alguien se ríe en casa del siniestro personaje —

¡Ah, ~~[illegible]~~ sí!... No haga usted caso: fué broma, fantasía.

Monsieur Sidou: Que pertenecía usted a la aristocracia.

Rafael: Fantasía.

Monsieur Sidou, tuvo, olvidando el papel que quiere representar, su comedia ~~[illegible]~~ siniestra: ~~[illegible]~~. Trató usted de deslumbrarla con su falsa riqueza, con su falsa aristocracia.

Rafael: No, señor. Cuando le dije tal mamarrachada me quería ya.

Monsieur Sidou: ¿Entonces es usted pobre?

Rafael: Como las ratas. ¿Qué? ¿Le parece a usted un crimen?

Monsieur Sidou: No, no. De ninguna manera.

Rafael: Pues me extraña.

Monsieur Sidou: Supongo que tendrá usted un oficio.

Rafael: Sí, señor: el de ~~[illegible]~~ albañil.

Monsieur Sidou: Y supongo tendrá usted padres, como todo el mundo. Necesitamos a sus padres.

Rafael: Malo.

Monsieur Sidou: ¿~~[illegible]~~ Porqué?

Rafael: Porque no los tengo: murieron en Madrid, destrozados por las bombas de sus amigos de usted los alemanes.

Monsieur Sidou, con un respingo: Los alemanes no son mis amigos.

Rafael: Lo fueron. Y, tal como se están poniendo las cosas en su bendita tierra de usted, pronto volverán a serlo.

Monsieur Sidou: Tengo entendido que es usted español.

Rafael: Sobre todo y más que nunca desde que estoy en Francia. Sí, señor: español. ¿No le parece una verdadera calamidad, casi un insulto?

Monsieur Sidou: ¡Hombre, no!

Rafael: Español y rojo por añadidura. Ya lo ve usted:

lo peor de lo peor.

Monsieur Bidou, casi con miedo: ¿Comunista?

Rafael: Si le digo que no lo soy, o sea: si le digo la verdad, usted no va a creerme. Según los franceses como usted, todos los españoles somos comunistas.

Monsieur Bidou: Le creo. Y no sabe lo que me satisface creerle.

Rafael, indiferente: Bueno.

Monsieur Bidou: ¿Puedo preguntarle la fecha de su entrada en Francia?

Rafael: ¡Pues claro! ¡Me lo han preguntado tantas veces que, ya, una más no cuenta.

— Con humor —

¿No quiere usted, además, cuatro fotos?

Monsieur Bidou, con gran extrañeza: ¿Cuatro fotos?

Rafael: Lo digo porque cada vez que me han preguntado la fecha de mi entrada en Francia me pedían cuatro fotos. ¡La de veces que he tenido que retratarme en el país de los Derechos del Hombre! ¡Ni que una cupletista de las de postín. ¡Y lo que te rondaré, morena! Los refugiados españoles estamos haciendo la fortuna de los fotógrafos franceses.

— Transición —

Entré en Francia en febrero de 1939. Me cargué un año de campo de concentración, a pesar de que a mí, ¿sabe usted?, el campo, la naturaleza, me hace poca gracia. Después del forzoso descanso bajo la paternal vigilancia de gendarmes y guardias móviles, me enrolaron en una Compañía de Trabajadores. Cuando llegaron los alemanes, como no quería trato con ellos, me fui al maquis. Me dijeron que había que luchar por Francia, que Francia significaba la civilización, la libertad, la

~~antes, [illegible]~~

55 ~~Los anarquistas [illegible]~~

Antes, hace unos años, ~~fue~~ eran los anarquistas los que estaban en el candelero. Hoy han pasado de moda... Tranquilícese usted: no soy comunista.

~~libertad~~ dignidad humana. Y mire usted si seré infeliz que me tragué semejantes bolas. Poco después de la Liberación dime cuenta de que me habían tomado el pelo. ~~[illegible]~~ Me está bien empleado y no puedo culpar a nadie de mi tontería.

~~[illegible]~~

Rafael: Mucho y para mal vivir.

Monsieur Aidou: Sin embargo, viste usted como un señorito. Nadie le tomaría a usted por un obrero.

Rafael: ~~[illegible]~~ Es que los españoles somos muy presumidos.

Monsieur Aidou: Así consiguió usted engañar a Georgette.

Rafael: No hubo tal engaño. Siempre me gustó jugar a cuerpo limpio, dando la cara.

Monsieur Aidou: No, si no se lo reprocho. Ya, ¿para qué?

— Transición —

Ha llevado usted una vida dura y penosa.

Rafael: La del destierro, que sólo los sinvergüenzas convierten en juerga.

Monsieur Aidou, con indulgencia de ~~[illegible]~~ cofrade: ¡Bah! ¡Hay que vivir!

Rafael: Sí, señor, pero con dignidad.

— Una pequeña pausa —

Monsieur Aidou: ¿Dice usted que no tiene familia?

Rafael: Solo como un hongo. Es decir, tengo una tía, hermana de mi padre, en Manzanares. Pero no me trato con ella. Es rica, ¿comprende usted?

Monsieur Aidou: Ser rico no es un defecto ni constituye un delito.

Rafael: No sé que los haya capaces de una buena acción.

<u>Monsieur Bidou</u>: La Resistencia fué, en efecto, una estupidez y me complace que usted lo reconozca.

<u>Rafael</u>: La Resistencia, precisamente, no. Me refería a la liberación, ~~[illegible]~~ tontería mayúscula. Es de esperar que a la próxima, escarmentados, lo haremos mejor.

<u>Monsieur Bidou</u>, nuevamente de mal talante: Como usted quiera.

— Con una transición —

¿Y trabajo? ¿Tiene usted trabajo?

CAP 050 (97)

~~[tachado]~~ Monsieur Sidon: Pues los hay, no le quepa duda.

Rafael: Hasta ahora no di con ninguno.

Monsieur Sidon: Porque es usted muy joven. ¿Qué edad tiene usted?

Rafael: Treinta y cuatro años ~~[tachado]~~ voy a cumplir en enero.

Monsieur Sidon: Mayor de edad. ¡Magnífico! No los aparenta usted.

— Una pausa breve. Monsieur Sidon, adoptando un tono que se esfuerza en ser condescendiente, casi cariñoso, añade:

Ha sufrido usted mucho, pero, afortunadamente, su vida va a cambiar.

— Rafael le mira asombrado. Y, valgan verdades, un poquitín receloso.

Se acabó el vivir a salto de mata. Se acabaron las ~~[tachado]~~ penalidades.

— Transición —

Cuando le llamé, sea usted sincero, esperaba verme hecho una furia y tener conmigo una escena borrascosa.

Rafael: Esperaba que, después de decirnos las lindezas de rigor, nos liáramos a bofetadas.

Monsieur Sidon: Pues se ha equivocado usted.

Rafael: Sí, señor, y me asombra, me parece inexplicable, casi fantástico.

Monsieur Sidon: Reconozco que tengo mala fama, pero a usted puedo y debo confesarle que no soy el ogro que la gente supone.

Rafael, que seguramente se acuerda de Julián: ¿Ah, no?

Monsieur Sidon: No. Tengo mis prontos, como todo el mundo,

J

También Serpette es mayor y tampoco lo aparenta. Entró en su mayoría de edad con la primavera. Bonita manera tuvo de celebrarla.

pero no soy malo; no soy el hombre despótico y rencoroso que algunos creen. Burgués, capitalista, sí, señor. Pero hay burgueses y burgueses, capitalistas y capitalistas.

Rafael, que lo ha "calado" ya, que le ve venir: Siga usted.

Monsieur Sidon: Amo el orden, ¡qué duda cabe! Usted lo amará también cuando tenga mis años. Es decir, lo ama ya: el orden revolucionario, sin saber que todo orden es, en el fondo, revolucionario. Y amo, claro está, a mi familia. Y por mi hija, a la que no quiero hacer desgraciada, estoy dispuesto a transigir, a sacrificarme. ¿Qué le parece?

Rafael, fingiendo una gran seriedad: Me parece muy bien.

Monsieur Sidon, cada vez más dueño de sí, más en su comedieta rol de buena persona: A usted no le conocía personalmente, pero Georgette, enamoradísima, me ha cantado sus alabanzas y contado sus virtudes: seriedad, amor al trabajo, carencia total de vicios...

Rafael, que casi no puede contener la risa: Me confunde usted, señor Sidon.

Monsieur Sidon: No tiene usted más que un defecto: ser pobre.

Rafael: Tremendo defecto. Defecto catastrófico, señor Sidon.

Monsieur Sidon: Pero es usted simpático, buena persona, trabajador y estoy seguro, segurísimo, de que voy a tomarme un gran interés por usted.

Rafael: Agradecidísimo, señor Sidon.

Monsieur Sidon: ¿No le dije a usted que no soy lo que las gentes se figuran? Su

CAP 050 (99)

el fondo, un demócrata. Tan demócrata como el primero. Tanto como usted, sí, señor —

— De pronto, exaltado por la sospecha —

¿Se ha entrevistado usted con el ~~[illegible]~~ padre Tallandier?

Rafael, extrañado: ¿Quién es el padre Tallandier?

Monsieur Sidou: El cura párroco.

Rafael: No me trato con él.

Monsieur Sidou: ¿No le mandó llamar?

Rafael: ¿A mí? No. ¿Para qué?

Monsieur Sidou, tranquilizado: No, nada...

— Volviendo a su comedia —

Pues, sí: me he propuesto hacer de usted un hombre de provecho. ~~[illegible]~~ ¿Le gustaría a usted tener mucho dinero?

Rafael: Como a todo el mundo.

Monsieur Sidou: Pues lo tendrá usted. Le pondré a usted a mi lado, le ~~[illegible]~~ iniciaré en el mundo de los negocios, le nombraré, cuando lo crea oportuno, director de la mina... Con un director técnico adjunto, claro está.

Rafael: Claro.

Monsieur Sidou, haciendo enormes esfuerzos para arrancarle a su boca fría y seca una sonrisa: ¡Y le casaré con mi hija! Sí, señor: a pesar de la diferencia de condición social y de ~~[illegible]~~ fortuna, ¡le casaré con mi hija! Una boda magnífica, suntuosa, como en el pueblo no se vió jamás. Les casará el obispo, asistirán el prefecto, los diputados del distrito, el ministro, un ex presidente de la República, monárquico. ¿

— Triunfalmente —

CAP 050 (100) /10

¿Qué? ¿Soy o no soy demócrata?

— El autor, sentado al fondo de la estancia, sonríe —

Rafael, poniéndose en pie: Si Georgette no fuese hija de usted, me casaría con ella. Siendo su hija, no puedo. ¿Qué se figuraba usted? ¿Que aceptaría sus magníficas, sus tentadoras proposiciones? Pues se ha equivocado usted. Soy persona decente, ¿sabe usted? y una persona decente no puede mancharse ~~entrando~~ a formar parte de su familia.

— Monsieur Bidou, lívido, desencajado, intenta ponerse en pie agarrándose a la mesa con las manos crispadas, y no puede conseguirlo.

Monsieur Bidou, con la voz espesa, rota: ¡Ah, canalla! ¡Te has reído de mí! ¡Canall...!

El autor, cogiéndole del brazo a Rafael: Muy bien, Rafael, hijo. Vámonos. La comedia ha terminado.

— Salen. Monsieur Bidou, con los ojos extraviados, la boca torcida, consigue levantarse y, con los dedos engarabitados coge el tintero e intenta lanzarlo contra Rafael, que salió ya. El tintero, arrojado sin fuerza, cae al suelo. Monsieur Bidou se derrumba, pelele trágico, sobre la mesa —

Telón

Luis Capdevila

Ax-les-Thermes, 19 de octubre — Poitiers 18 de noviembre 1952

¿O que no logro explicarme, que no acierto a comprenderse, pero en los males presiento una imaginación ~~tu~~ siniestra?

=

II Y lo siento de veras: por ella, claro está, no por usted. A usted, señor Sidón, le odio. Usted, señor Sidón, me da asco. Sorgatte me da pena. De haber sido ~~por~~ una pobre muchacha del pueblo lo que hago con ella, sería una infamia. Afortunadamente, se trata de ~~[illegible]~~ su hija de usted y usted, que todo lo arregla con dinero, hallará también un arreglo para la honra de su hija.

— (Con un desprecio inmenso) —

¡Pobre señor Sidón! ¡Qué atroz humillación verse tratado así por un hombre como yo, que no soy nadie pero que le he pedido a usted!

II' Al colmarme de virtudes olvidó usted mi principal virtud, la más característica: mi rareza. Soy un hombre muy raro, señor Sidón. Tan raro que se niega a aceptar la fortuna que usted le ofrece. Y soy, además, lo que usted, con todo su dinero, no podrá ser nunca: soy una persona